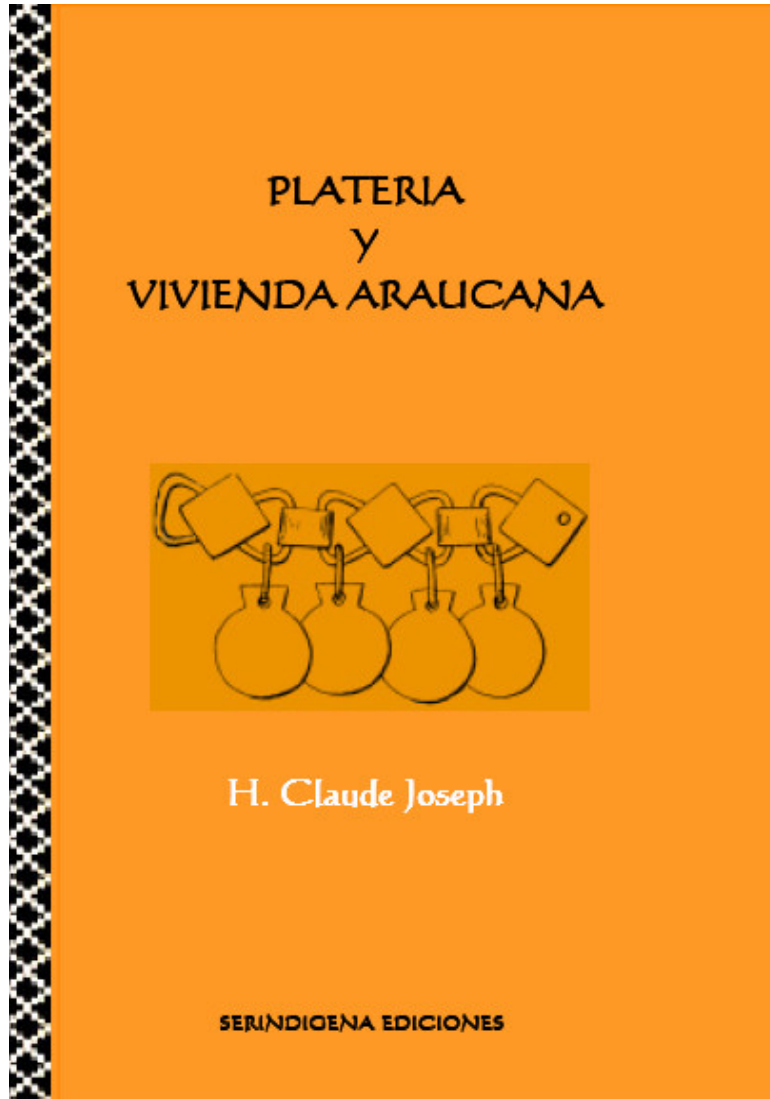


Platería y Vivienda Araucana

H. Claude Joseph

Primera edición, revista
Anales de la Universidad de Chile, 1930



© Ediciones Serindigena
Primera reedición de 850 ejemplares
ONG Comunidad Ser Indígena
Carlos Anwandter 525. Valdivia. Chile

www.seridigena.org
noviembre de 2006

PRESENTACIÓN

La reedición de los artículos de Claude Joseph, publicados en la revista Anales de la Universidad de Chile en 1930 bajo el título de Platería y Vivienda Araucana obedece a la importancia que para nuestro conocimiento y el de las comunidades mapuche que en el presente se encuentran empeñadas en su recuperación cultural.

ONG Comunidad Ser Indígena rinde un homenaje a quien ha recopilado esta valiosa información sobre el pueblo mapuche, destacando su amplitud de mirada al documentar con detalle y precisión la producción material y, a través de ella, las costumbres de este pueblo originario.

La pérdida constante de los elementos constituyentes de la cultura mapuche: vivienda, lengua, artesanía en plata y madera, entre otros, que ha sufrido el pueblo mapuche durante los siglos XIX y XX, producto de la modernidad y del afán de “integrarlos” a la sociedad chilena, que solo ha contribuido a despojarlos de su riqueza cultural y empobrecerlos, aunque el objetivo aparente fuera “rescatarlos de la pobreza” y, con una visión asistencialista, sumarlos a nuestra república sin considerar ni su opinión ni su cultura.

Hoy nos sentimos orgullosos de contribuir a la difusión y enseñanza de las técnicas ancestrales, en los apuntes y acuciosa observación de las costumbres mapuches que este libro presenta.

Ver y aprender a hacer es lo que parece haber inspirado este libro que reproducimos en absoluta fidelidad para rescatarlo e instalarlo en la memoria de país y para que sus gentes puedan rescatar de él lo que aún puede ser reconstituido.

Claude Joseph se proyecta hasta el presente, prodigando lo aprendido, desde una experiencia de vida que nace de la admiración por la sabiduría ancestral y del respeto por la diversidad cultural que recién hoy comienza a ser apreciada y reconocida.

Heddy Navarro

ONG Comunidad Ser Indígena

Valdivia, Noviembre de 2006

LA PLATERIA ARAUCANA

Los araucanos, que tanto se han señalado en el arte de la guerra y cuyo valor y hazañas militares no han sido superadas por pueblo alguno, han manifestado también sus aptitudes sorprendentes, en el cultivo de las artes manuales, decorativas e industriales, y especialmente en la fabricación de adornos y objetos de plata y confección de hermosos tejidos.

Los ricos adornos que ostentan los mapuches en los días de fiesta y en sus idas a la ciudad vecina causan la admiración de los viajeros que recorren las ciudades del sur y las reducciones de Araucanía, y atraen siempre la mirada de los mismos indígenas. Los araucanos, como todos los primitivos tienen gran afición por los adornos brillantes y los colores vistosos. Antes de la conquista adornaban sus melenas con plumas de choroyes, de loicas, de carpinteros y otras aves, y fabricaban collares de piedrecitas y conchas de diversos colores. Aprendieron de los españoles el arte de trabajar los metales y se hicieron pronto hábiles en esta clase de trabajos. Trataron con mucha consideración a los prisioneros de guerra que ejercían la profesión de herreros por las ventajas que sacaban ellos en la confección de hachas, espadas, puntas de lanzas, martillos, clavos y otros objetos. Ellos mismos, empleados en los duros trabajos de las minas, manejaron herramientas de metal y conocieron su superioridad sobre la piedra y la madera.

La plata apareció luego entre los adornos distintivos de los caciques y sus mujeres y se fue generalizando a medida que supieron procurarse este metal y trabajarlo. Entre los indígenas la profesión de platero fue muy preciada y lo es todavía. Muchos de estos plateros han producido obras de gran valor artístico, que se

conservan en colecciones particulares, empeñadas en las casas de préstamos de las ciudades del sur y en posesión de ricos caciques.

En estas tres fuentes he recogido los datos de este estudio regional sobre la platería. Los documentos examinados pertenecen a la región de Temuco, Cholchol, Imperial y Cunco. El señor don Pedro Doyharcabal, a puesto a mi disposición la riquísima colección que ha reunido en Cholchol durante treinta años de relaciones diarias con los indígenas. Esta hermosa colección, señalada a todas las personas notables que visitan el sur de Chile como lo más digno de verse en Temuco, es de inapreciable valor por la antigüedad de algunas prendas, por la presencia de otras que ya no se hallan en ninguna parte, por la enorme cantidad de material acumulado y por la formación de series cuidadosamente seleccionadas. Es, probablemente, la más completa que se haya reunido sobre artículos de factura indígena, y ella por sí sola constituye un conjunto muy representativo de la cultura artística de los araucanos. Importantes instituciones científicas extranjeras se interesan por la adquisición de estos valiosos objetos, obra de una de las razas más célebres de la tierra. La salida de estos documentos a país extranjero sería una pérdida muy sensible para Chile.

Atendido muy amablemente por el autor de esta colección, he estudiado la parte decorativa de sus piezas más importantes y dibujado fragmentos de ellas. Algunas fotografías representan varias series de adornos y permiten formarse idea bastante exacta de sus variedades.

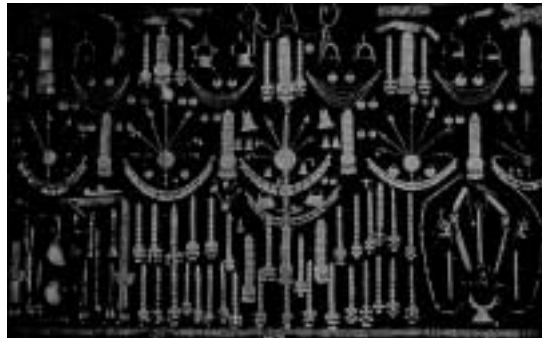


Fig. 1

He estudiado también la colección de platería de una gran casa de préstamos de Temuco, «La Bienhechora», que recibe diariamente prendas modernas, conforme a las exigencias de la moda actual, y posee gran variedad de objetos antiguos. El propietario y los empleados de esta casa me han proporcionado útiles informaciones sobre la proveniencia de los artículos estudiados y sobre sus relaciones profesionales con los mapuches.

En posesión de numerosas fotografías he visitado varias veces las reducciones de Maquehua, al sur de Temuco, y recogido numerosos informes explicativos, de los indígenas, de sus caciques y de los plateros. Los mapuches hablan con admiración de los adornos antiguos; las jóvenes manifiestan su preferencia por los actuales. Los caciques, generalmente más ricos y más ilustrados que los demás, cuentan las tradiciones antiguas sobre el arte de trabajar los metales, y como se los procuraban en las minas, en las batallas y destrucciones de ciudades, en los malones y en las transacciones comerciales. He entrado en relaciones con los plateros de Maquehua para conocer la técnica de su arte. Algunos de entre ellos trabajan, por temporadas y según métodos bastante primitivos, objetos de buena presentación.

El cacique José Ancavil de Maquehua (Fig. 2), anciano muy robusto de más de 80 años de edad me contó que al principio los mapuches no conocían los metales. Los obtuvieron por primera de unos hombres que venían del norte y que se detuvieron a las orillas del Bío-Bío. Traían en la cabeza adornos de oro y plata. Los mapuches trabaron batalla con ellos, los obligaron a irse hasta el Maule y se apoderaron de una gran cantidad de oro y plata.

Los araucanos conservaron probablemente estos brillantes metales como adornos, sin saber su proveniencia ni la manera de trabajarlos.



Fig. 2

Los cronistas de la conquista afirman que los araucanos no sabían trabajar los metales. A la llegada de los españoles fue solamente cuando conocieron las minas y métodos de extracción del metal.

En nuestros días tienen minas de plata beneficiadas por ellos con mucho secreto, y de las cuales extraen pequeñas cantidades. Se hallan especialmente en las reservas forestales de Villarrica, Pucón, Palguín, Trancura y Volcán Lanín. No permiten que los Huincas o extranjeros se acerquen a ellos y castigan con la muerte a los indígenas que dan indicaciones de estas minas.

Actualmente consiguen la mayor parte de su plata en sus transacciones comerciales. Llevan las monedas a los plateros que les fabrican los objetos pedidos.

En todas las rucas, aún las más pobres, las mujeres araucanas guardan cuidadosamente algunos adornos de plata envueltos en trozos de género y escondidos en bolsas de pieles o en toscos cajones de madera.

El ajuar se compone generalmente de un «trarilonco», cadena plana que corona la cabeza a la altura de la frente y de la cual penden discos de plata; de los «chahuay» o pendientes de formas y dimensiones muy variadas; del «tepu», disco de plata provisto de un alfiler muy largo, con que se abrocha el «chamal», y de un «trapelacucha» hermosa y ancha cadena de plata que cuelga del «tupu» en forma de pectoral.

Los adornos completos de los mapuches comprenden, además de las nombradas, otras hermosas prendas como los «traripel» o collares; los «lloyloy» cintas con perlas de plata y campanillas colgantes del mismo metal con que se amarran los cabellos; los «ihuelkug» o anillos, y los «trarikug» o brazaletes.

En sus reuniones las mujeres lucen sus más ricos adornos. Les sacan brillo frotándolos con la hierba del platero o con trapos de lana. No se dejan retratar sin sus atavíos, aún cuando se les ofrece dinero; pero no oponen tanta dificultad si los tienen numerosos y bonitos.

Los araucanos acomodados conservan valiosos objetos de plata, como mates y bombillas, cachitos y puñales con incrustaciones, cinturones y riendas con discos, estribos y espuelas macizos, jarros, cafeteras y platos bien decorados.

En caso de necesidad empeñan sus prendas de plata y reciben en cambio el 50% de su valor. Los montes de piedad de Temuco tienen en depósito enormes cantidades de todas clases. El 90% de estos objetos son retirados por los dueños al fin del plazo legal. Si un desconocido pregunta, al pasar delante de las rucas, a los habitantes por su platería, se le contesta invariablemente «Nielay» lo que significa, no hay. Esta desconfianza proviene de los asaltos y robos efectuados en ciertas reducciones por individuos que les arrebatan su plata. Regiones hay en las cuales han vendido la mayor parte de sus adornos para no atraer la codicia de los ladrones. Al sentirse asaltado en su ruca, el mapuche toca el cuerno de alarma y todos sus vecinos acuden al momento con sus perros y armados de lanzas en defensa del atacado. Por estas precauciones y organización defensiva los asaltos son menos frecuentes.

Algunos plateros han modernizado sus métodos de trabajo. No por eso poseen herramientas muy perfeccionadas. (fig. 3). El más célebre platero de Maquehua es un mapuche de unos 50 años. Ha tenido por maestro otro profesional de gran fama en toda la región y que murió centenario hace pocos meses. Varias veces he ido a su ruca para verle trabajar. Le he llevado plata para la confección de pequeños objetos a fin de conocer mejor la técnica de su arte. El molde, crisol y fuelle aparte, todas sus herramientas, caben en la mano.

El molde se compone de dos marcos de madera de iguales dimensiones y que ajustan perfectamente cuando se los pone uno encima de otro; dos trozos rectangulares de madera sirven uno de fondo y otro de tapa. Finalmente, una correa sirve para amarrar sólidamente las piezas. Los marcos reunidos dejan unas aberturas por la cual se vierte la plata derretida. El crisol, fabricado por el mismo platero, es de tierra refractaria, espeso y de forma cónica.

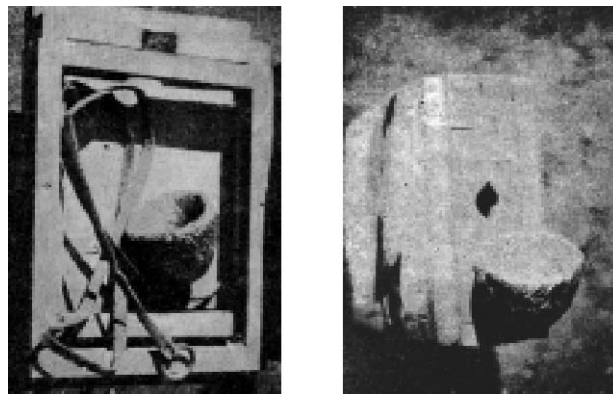


Fig. 3 Fig. 4

El platero escoge tierra muy fina a orillas de los ríos, la mezcla con agua y forma una pasta gredosa con la cual llena el marco. Sobre esta pasta extendida y cuando ha adquirido bastante consistencia, imprime o dibuja en relieve la forma de los objetos que quiere reproducir. (Fig. 4) Posee determinados tipos de plomo para trariloncos, chahuay, trapelacucha, espuelas, bombillas, etc., que aplica sobre la greda, y consigue inmediatamente su forma. Aplica la otra cara del tipo sobre la otra mitad del molde y obtiene una segunda impresión. Deja la masa gredosa secarse lentamente. Retoca cuidadosamente los pormenores, y cuando halla las impresiones a punto de recibir la plata derretida, sobrepone exactamente las dos mitades del molde y amarra. El cliente que solicita los servicios profesionales del platero mapuche le trae la plata necesaria para la confección de las prendas pedidas y además otra cantidad igual en pago del trabajo. El salario del artífice es así de 100%. Necesita monedas de 5, 10, 20 o 40 centavos para fundirlas cómodamente. Acepta también monedas de un peso y trozos de plata de cierto espesor, pero le cuesta naturalmente más trabajo para derretirlas. No quiere usar las nuevas monedas porque contienen demasiado cobre. Las funde con mucha dificultad y sólo consigue con ellas adornos de color ahumado. «Antes, me decía un viejo mapuche, teníamos muchas chauchas y de buena plata; después tuvimos pocas y de plata mala; ahora tenemos papel, lo que es todavía peor».

El platero enciende el fuego en medio de la rica, rodeado de sus perros viejos y algunos curiosos. Activa el combustible con un fuelle de su fabricación. Derrite una pequeña cantidad de plata en su crisol para hacer un ensayo y si éste da buenos resultados derrite una cantidad mayor. Vierte con precaución plata derretida en el molde preparado y deja enfriar. Abre después el molde y retira la prenda para limarla, retocarla y pulirla.

Para la confección de obras originales el platero labra primero el objeto en madera o en una materia como plomo o estaño que pueda trabajar con cuchillo. El tipo esculpido le sirve para producir las impresiones necesarias en la pasta gredosa. Confecciona también otros objetos, laminando la plata con martillo y

dándole relieve con punzones de diferentes formas.

Algunos plateros fabrican, durante el invierno, artículos de plata y los venden en determinadas tiendas de Temuco, a razón de 20 centavos el gramo. Los mapuches que vienen a la ciudad pueden comprar los que más les agradan a un precio doble del primitivo y llevárselos inmediatamente.

Cada objeto tiene una técnica especial que procuraré indicar al tratar de los principales adornos. Al hablar de la platería de los araucanos no pretendo igualar sus producciones a las de los artistas del Egipto, de la Grecia y de Roma, que fabricaron copas y vasos de gran perfección, sino mostrar sus aptitudes para obras cultivadas con esmero en los países civilizados y los resultados apreciables que ya han obtenido.

LOS TRARILONCOS

Los trariloncos (de trari - atar y lonco - cabeza) son adornos muy antiguos con que los araucanos ciñen su cabezas a la altura de la frente. Los primitivos eran coronas tejidas con fibras vegetales entrelazadas con hojas, flores y plumas de hermosos colores. Actualmente, los trarilonco son cadenas planas de plata, de las cuales penden discos del mismo metal (fig. 5). Estas cadenas con sus discos colgantes miden de 60 a 70 centímetros de largo y pesan aproximadamente 300 gramos. Existe una gran variedad de estos adornos. Algunos son llamados medallas por los mapuches, sin duda por la semejanza que tienen las medallas con los discos de plata o por haber fabricado antiguamente ciertos trariloncos con las medallas que recibían de los

misioneros. Los modernos tienen muchas veces monedas de veinte centavos colgadas a un pequeño anillo o agujereadas, en lugar de los discos antiguos. El número de discos o de monedas colgantes varía mucho en los trariloncos: los más sencillos tienen 20; los más ricos hasta 50; son comunes los de 24, 30, 36 y 40.

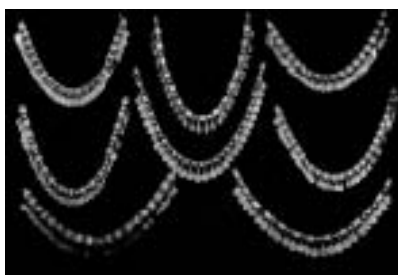


Fig. 5

Las cadenas compuestas de dos clases de eslabones, son generalmente bien trabajadas. En todas aparecen aplicados el principio de repetición y alternación. No se debe buscar en ellas la abundancia ni la perfección de los detalles, sino la belleza y la originalidad de las formas.

Los eslabones de orden par y los de orden impar son bien diferentes. Los impares, grandes y macizos de formas siempre elegantes constituyen uno de los elementos más decorativos del trarilonco. Los pares, siempre más sencillos, son anillos delgados y aplanados que tienen sólo un papel de unión; permanecen generalmente cerrados por una sutura. Los eslabones decorativos, los de unión y los discos colgantes son fabricados en series por los plateros y enlazados después.

Fragmentos de diferentes trariloncos dibujados en tamaño natural permiten formarse una idea más exacta de la estructura de sus elementos. Las placas decorativas, de formas rectangulares u ovaladas, de parte central maciza o vacía, tienen siempre una o dos aberturas para colgar los discos. Los eslabones de forma ovalada son parecidos, a veces, a una cifra de ocho prolongada y extendida, de contornos redondeados en ambas extremidades y almenadas en la región media (fig.6).



Fig. 6

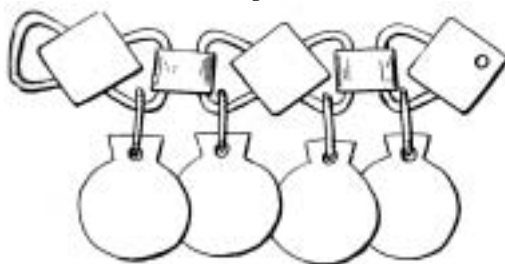


Fig. 7

La parte central elipsoidal lleva inscrita otra elipse menor, de buen efecto decorativo; de las extremidades cuelgan personajes llamados «pun pun», hombres barbudos de medio cuerpo en lugar de los discos acostumbrados. Estos tipos antropomorfos parecidos a soldados colgados de la cabeza carecen de piernas; su cara ovalada conserva rudimentos de los órganos principales: ojos, nariz y boca; los brazos separados del tronco y dirigidos hacia abajo terminan casi siempre por 6 dedos. Esta variedad de trarilonco, apreciada por los mapuches y coleccionistas, parece ser escasa hoy día.

Un segundo trarilonco con eslabón decorativo en forma de ocho lleva soldada en el centro una placa romboidal de vértices salientes (fig. 7); de cada extremo penden discos con un lóbulo de suspensión angulosa. Los ángulos combinados de las diversas piezas producen un hermoso efecto.

Una tercera variedad, rectangular, de contornos algo redondeados, de parte media maciza, ovalada y areolada con un punto central, soporta discos con lóbulos de suspensión también discoidales.

Una cuarta variedad, con los eslabones decorativos rectangulares, levantados en estacada, los bordes superiores e inferiores almenados, de región central hueca, posee amplios eslabones de unión igualmente parados. Un solo disco pende de cada eslabón. (fig. 8).

Este trarilonco cierra con hermosos broches circulares grabados en relieve que representan una concha.

Una quinta variedad tiene placas decorativas rectangulares con dos apéndices de suspensión en la región inferior. Los eslabones de unión son dobles y presentan suturas encajadas. las placas colgantes y sus lóbulos son discoidales.

Otras numerosas y originales combinaciones aparecen en los trariloncos de los mapuches. Las indicadas bastan para mostrar el gusto artístico de los plateros.

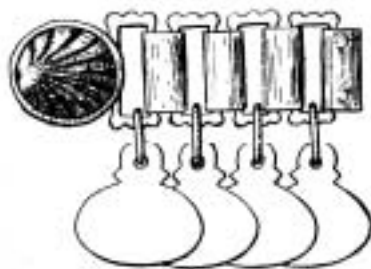


Fig. 8

LOS «CHAHUAY»

Los «chahuay» o zarcillos son adornos de plata que las araucanas llevan pendientes del lóbulo inferior de las orejas. Los más comunes son discoidales; los demás, campanuliformes, son conocidos con el nombre de «upul». Unos y otros son notables tanto por sus decoraciones como por su peso y sus grandes dimensiones. Algunos discoidales son compuestos y llevan varios pendientes menores; los «upul» se componen de una sola pieza. (fig. 9).

Los plateros fabrican los «chahuay», laminando la plata con el martillo o fundiéndola y vaciándola en moldes. Recortan las láminas con tijeras o cinceles para conseguir discos de contornos muy regulares: Les hacen algunas aberturas centrales, guardando el debido paralelismo con los bordes y emparejan con limas las partes recortadas. Practican una abertura circular mayor en la región superior del «chahuay» para aislar un filamento de plata destinado a penetrar en la oreja.

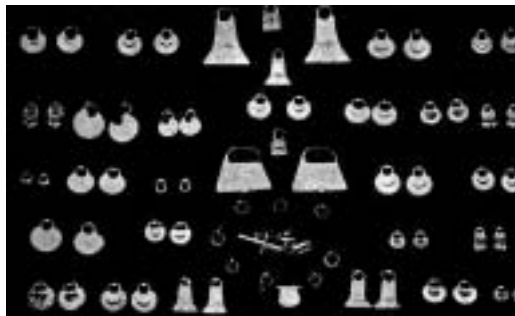


Fig. 9

El «upul» tiene a veces forma trapezoidal y dimensiones de 9 centímetros de alto por 10 de ancho. Por toda decoración lleva tres series paralelas de rayas verticales y una flor impresa con punzón. Mas a menudo tiene la forma de una campana con algunas series de aberturas triangulares y rayas paralelas a los bordes. Además, puede tener fajas con rayas oblicuas muy apretadas y superficiales, o en zigzag. Existen también formas macizas con barras y protuberancias de mucho relieve fabricadas en moldes y que tienen dibujos superficiales rectangulares. (fig. 10).

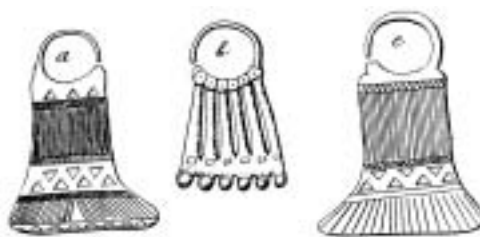


Fig. 10

Los «chahuay» discoidales presentan numerosas variantes en la distribución de los elementos decorativos. Algunos en forma muy tosca, carecen de toda decoración; otros tienen sólo una decoración marginal de arcos repetidos, de rayas oblicuas y arqueadas, de rayas oblicuas combinadas con arcos, o de arcos con líneas en zigzag. Ordinariamente, el filamento encorvado de suspensión es grueso y fijo; los plateros de dispositivo más perfeccionado, un arco de suspensión articulado, cuya punta encaja en una abertura opuesta a la articulación.

En el «chahuay» de forma anular la mitad inferior maciza toma el aspecto de un rosario por la conjunción de una serie de tuberculitos esféricos.

La decoración de los discoidales se limita a veces al centro del disco y consiste en series de rayas oblicuas, paralelas entre sí y con los bordes, limitadas exteriormente con pequeños arcos o en grupos simétricos y

opuestos de hojas rayadas; en arcos macizos y retorcidos que imitan cuerdas, asociados con protuberancias esféricas, arcos grabados, apéndices esféricos fijos o colgantes; los arcos de suspensión adquieren hasta dos milímetros de diámetro; raras veces llevan grabados letras o signos parecidos.

Las placas o esferas colgantes son centrales, en ciertos casos, y chicas; y en otros, marginales y relativamente grandes; las placas son romboidales, discoidales y posiblemente de otras formas. Algunas suspensiones centrales imitan lágrimas colgantes. Estas últimas formas son de gran valor artístico.

LOS «LLOVEN»

Los mapuches llevaban antiguamente en la frente y enroscadas alrededor de los cabellos largas cintas de género o de cuero enteramente cubiertas de cupulitas de plata. A uno y otro lado de la cabeza pendían las extremidades de la faja plateada que se delataba en roseta a la altura de las orejas; enseguida colgaban frente a las mejillas varios tubos o cadenillas de plata terminados por campanillas cónicas (fig. 11).



Fig. 11

Las araucanas dan el nombre de «lloven» o de «nitruhue» al adorno completo; el de «rumi», a la faja tachonada de plata, y el de «llo-llo-llo», a las campanillas. Al andar, usando esta valiosa prenda, las campanillas producen sonidos argentinos muy del agrado de los mapuches.

La técnica del «lloven» es bastante complicada. Los plateros recortan discos de plata en láminas delgadas y con ayuda de punzones especiales los transforman en pequeñas cúpulas de iguales dimensiones.

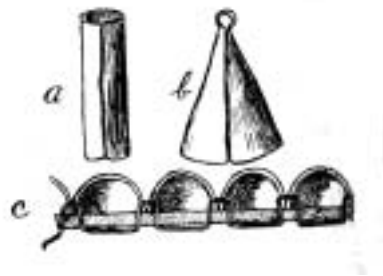


Fig. 12

Para un «lloven» ordinario necesitan cerca de mil cupulitas. Las disponen en líneas sobre un cuero delgado o un trozo de género; les hacen un agujero de cada lado de la base y las fijan con un hilo resistente contra la faja. La costura, invisible por el lado superior, requiere una gran habilidad de parte del platero. El hilo atraviesa el cuero, penetra debajo de la cúpula, pasa por el agujero de la base hacia la cúpula vecina y penetra en ella por un agujero basal. (fig. 12).

El hilo, vuelve a atravesar el cuero de sostén, permanece debajo en un espacio algo menor que el diámetro de la cúpula y penetra otra vez en ella a través del cuero; sale por la pared contigua a la cúpula siguiente,

en la cual entra por la abertura basal situada enfrente de la de salida de la cúpula anterior. El hilo sigue el mismo trayecto para cada cúpula y la fija sólidamente a la faja de sostén. (Fig. 13).



Los plateros son unánimes en declarar que la confección del «lloven» es muy difícil. Actualmente este adorno ha pasado de moda. Pocos plateros sabrían confeccionarlo.

Fabrican los tubos de plata con placas rectangulares y delgadas que arrollan alrededor de una varilla dura y cilíndrica. Los bordes en contacto permanecen sin sutura. Los «llol-llol» o campanillas se consiguen de la misma manera, recortando un sector circular y transformándolo en cono. Las diferentes piezas del «lloven» están enlazadas con cadenas de plata cuyos eslabones tienen forma de S. Algunas variedades de «lloven» se componen de series de tubos y de campanillas combinadas con cadenitas pectorales que sostienen pequeñas cruces. Las cruces macizas y pequeñas con un pez en relieve (ichtys de las catacumbas) son doblemente simbólicas y muestran la penetración de las ideas e imágenes cristianas en la vida de los araucanos. (Fig. 14).

Otros «lloven» reducidos a cadenas y a las campanillas se suspenden al trarilonco y cuelgan a ambos lados de la cabeza.

A imitación de los alfileres de seguridad y de los prendedores modernos, los araucanos han fabricado hermosos adornos. (Fig. 15). Estas prendas revelan mucha imaginación: dos aves colocadas frente a frente descansan sobre las ramas de un árbol (Fig. 15-a) ; de la cola de las aves penden una medalla y un hombre; de la parte central del árbol cuelgan en medio dos cruces y a cada lado, un hombre. El conjunto es perfectamente simétrico.

Otro prendedor, se compone de una serie de tres hojas trifoliadas de Oxalis o de trébol con el pecíolo hacia arriba; de cada una pende un hombre de plata maciza (Fig. 15-b).

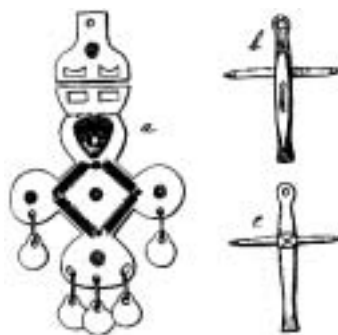
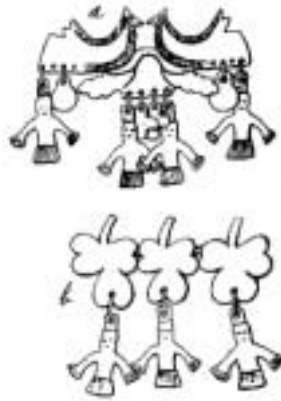


Fig. 14 Fig. 15



LOS «TRARIPEL»

Los «trariipel» (de trari-atar y pilco-cuello) son collares de diferentes formas usados por las araucanas. Tienen un origen muy antiguo, según los datos recogidos de los viejos mapuches. Los primitivos, llamados «llancatos», se componían de varios filamentos en los cuales ensartaban piedrecitas verdes y azules consideradas preciosas por los indígenas.

Estos adornos parecen tener, lo mismo que la palabra llancato con que se los designa, un origen quichua. Las piedras de color fueron sustituidas con el tiempo por pequeñas cuentas de plata de forma prismática, atravesadas por un cordón de sostén.

El «llancato» (Fig. 16) tiene seis y más filamentos de longitud desigual, enteramente envueltos por las cuentas y reunidos por sus extremos. Colocado alrededor del cuello, los filamentos caen flojamente a distinta altura sobre el pecho y describen arcos plateados.

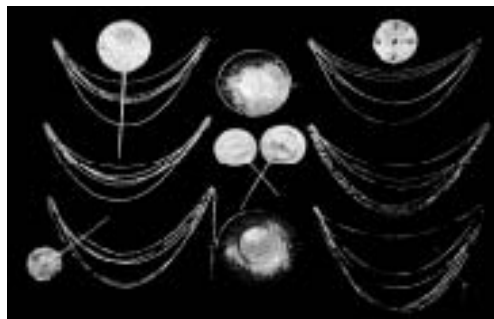


Fig. 16

Existe otra forma de «trariipel» muy parecida al «lloven»; se compone también de una faja cubierta de cupulitas de plata. Suele apretar bastante el cuello y llevar una prolongación colgante sobre el pecho.

La técnica de esta última forma es idéntica a la del «lloven». La de la primera consiste en cortar barritas de plata en segmentos de poca longitud y en arrollarlas con martillo sobre el cordón de sostén.

PUNZONES Y «TUPU»

Los punzones son alfileres muy largos y de cabeza esférica con que las araucanas abrochan sus chamales. Los «tupu» son también alfileres de grandes dimensiones usados para los mismos fines que los punzones de los cuales difieren por una lámina circular como cabeza en lugar de esfera. Los «tupu» son más comunes actualmente que los punzones. Unos y Otros tienen un origen extranjero. Los indios de Bolivia usaban el «tupu» antes de los araucanos. Los punzones tan parecidos entre sí, son de dimensiones muy variadas; los más chicos tienen apenas diez centímetros de largo, con una esfera de grueso proporcionado, mientras que los más grandes alcanzan hasta 60 centímetros de largo con una esfera de diez centímetros de diámetro

(Fig. 17). La parte puntiaguda, dilatada cerca de la esfera, se prolonga hacia abajo en forma prismática; encima de la esfera aparece otra parte saliente torneada, terminada por una abertura de la cual pende una cruz.



Fig. 17

Casi la totalidad de los punzones que he tenido a la vista llevan una cruz (Fig. 18) plana, de contornos dentados. Las esferas quedan divididas en dos hemisferios por una zona ecuatorial en relieve. Los dos hemisferios son labrados separadamente a martillo y soldados enseguida con el círculo ecuatorial. Los «tupu» exigen menos trabajo para la confección de sus placas discoidales. Mediante punzones especiales y martillos se repuja la plata y se le imprimen, en series, relieves superficiales que dibujan circunferencias de puntos salientes y cruces lineales.

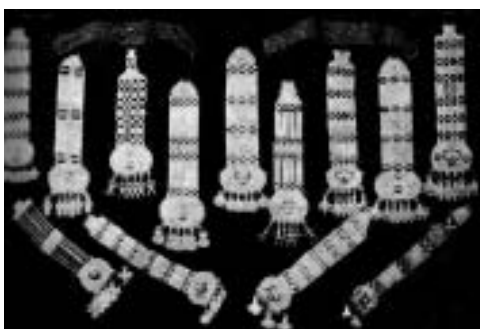


Fig. 18

LOS «SIQUEL» Y «TRAPELACUCHA»

Los «siquel» (de chicull=cosquillas) y «trapelacucha» (de thapel=sarta y de acucha=aguja) son anchas cadenas de plata que las araucanas llevan en forma pectoral pendientes del «tupu» y del punzón. Los «siquel» se diferencian de los «trapelacucha» por su ancho dos o tres veces mayor. Ambos son adornos de grandes dimensiones y de singular belleza. Su largo varía entre 30 y 35 centímetros y su ancho entre 3 y 10. Su peso alcanza hasta 500 gramos. La forma de las placas y de los eslabones de enlace, las decoraciones en relieve y las superficiales, los discos y flores colgantes, son de una gran variedad. En todos, la forma general es elegante, aún cuando las decoraciones superficiales sean descuidadas. En ellos aparecen aplicados con mucho arte los principios de repetición, de alternación y de simetría, (Fig. 19).

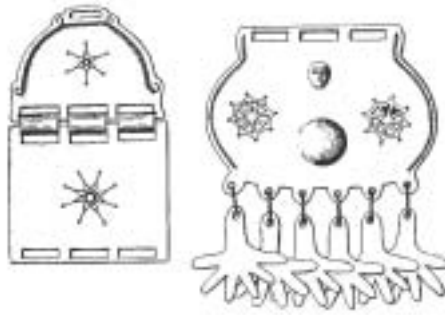


Fig. 19

La placa superior de forma triangular o trapezoidal, con los bordes en línea recta o curva, con decoraciones marginales y centrales articula con placas rectangulares de ocho centímetros de largo sostenidas por eslabones de unión equidistantes entre sí; las placas rectangulares tienen los extremos decorados por rayas oblicuas y husos de líneas curvas terminados por una areola puntuada. Una placa rectangular de todo el ancho del «siquel» con decoración marginal de rayas y arcos viene a continuación, y reaparecen después de ella cuatro placas longitudinales idénticas a las superiores. La placa terminal inferior dilatada circularmente por ambos lados, con decoración marginal de rayas y circulitos cuidadosamente grabados, tiene, además, como adorno central, una cabeza de mapuche en relieve como una cúpula. En la región inferior, la placa adelanta seis lóbulos semicirculares de los cuales penden otras tantas placas de contornos discoidales.

Las decoraciones de las placas revisten a veces la forma de rosetones hexagonales u octogonales (Fig. 19) y las placas colgantes una forma digitada.

Aparecen también, además de los husos areolados, flores tetrámeras rayadas o puntuadas; la placa mayor lleva una forma humana en relieve con los brazos y las piernas algo extendidos; del borde inferior, doblemente almenado, cuelgan seis placas oblongas divididas en tres segmentos circulares por dos estrangulaciones. La placa mayor tiene aberturas triangulares dispuestas en rosetones y otras arqueadas dispuestas simétricamente a uno y otro lado de la cabeza y de la cúpula en relieve (Fig. 20); de los lóbulos de suspensión cuelgan seis hombres macizos con los brazos y las piernas extendidos.

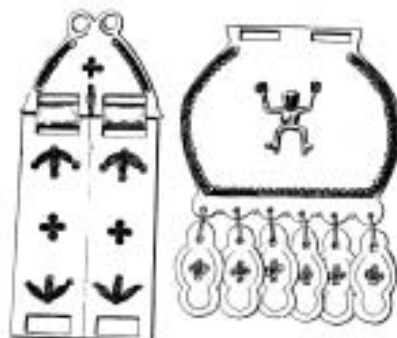
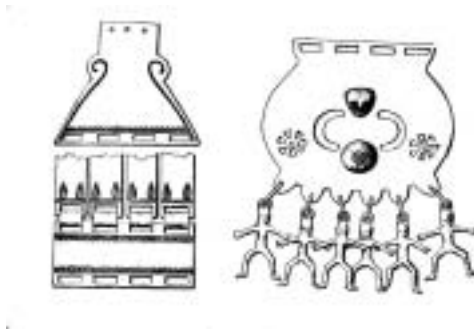


Fig. 20

torales (Fig. 21) ; en la placa mayor se ve una cabeza con doble trarilonco, una cúpula, círculos concéntricos grabados, arcos y rosetones perforados,

acompañados de placas colgantes digitadas. Entre las placas colgantes algunas representan flores campanuladas, otras se parecen a las flores del chilco; los «puñ-puñ» están colgados de la cabeza, en ciertos casos, y, en otros, de las manos juntas y levantadas.

La mayoría de las piezas que entran en la confección de los «siquel» y «trapelacucha» son elaborados en series por los plateros, en sus moldes, y agrupadas después de diversas maneras, según un plan que se han trazado de antemano.



que los

colgantes enlazadas unas con otras mediante pares

Fig. 21

de eslabones, que terminan por una hermosa cruz (Fig. 22). De las cruces, cuyas formas varían en extremo, cuelgan discos y medallas, flores de chilco

o campanuladas, placas, frutos esféricos, cruces pequeñas y hombres de medio cuerpo. La presencia repetida de la cruz como adorno secundario de los «punzones» y de los «trapelacucha» llama mucho la atención. ¿Indicaría la gran influencia que tuvieron sobre los araucanos los misioneros católicos de la época colonial? ¿Fue entonces la cruz, para los mapuches, un símbolo, como lo es para los cristianos? Los Padres de la Compañía de Jesús, que tanto hicieron para la conversión y civilización de los indígenas, les enseñaron seguramente a respetar la cruz y los hermanos coadjutores de la misma Compañía, hábiles en muchas artes les fabricaron, tal vez, en sus talleres. Sin embargo, la cruz araucana tiene un origen más antiguo; se ve en numerosos tejidos y objetos anteriores a la conquista. Se propagó hasta el punto de tener un lugar preferente sobre otras formas decorativas. Los araucanos de hoy no parecen atribuir a la cruz de sus punzones y trapelacucha ningún significado religioso, aunque guardan la costumbre de plantar anualmente cruces de colihue en sus sembrados el día de San Francisco para que su trigo salga bueno.

Los «siquel» y «trapelacucha» modernos se componen de eslabones rectangulares vacíos, enlazados por anillos cilíndricos bastante anchos; Los «siquel» tienen una placa superior compuesta de flores o aves estilizadas, de la cual parten las tres cadenas que sostienen la placa mayor semicircular con sus numerosos discos colgantes. (Fig. 23).

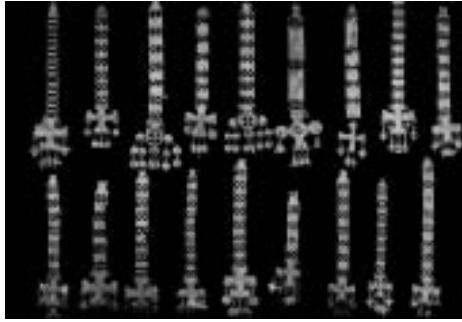


Fig. 22

Los «trapelacucha» tienen una sola cadena con una cruz terminal. La plata de estos adornos no es tan blanca como la de los antiguos.

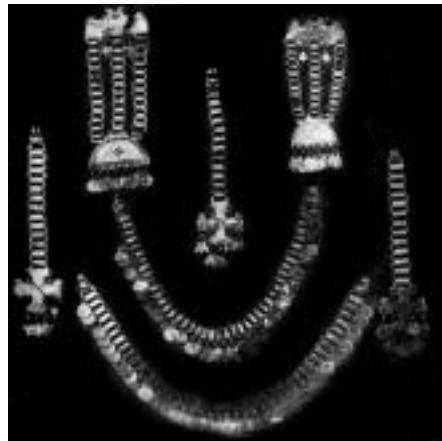


Fig. 23

LAS CACHIMBAS

Entre los objetos antiguos descubiertos en el suelo de la Araucanía, figuran numerosas cachimbas de piedra y de hueso, lo que hace pensar que los araucanos fumaban antes de la conquista.

Las cachimbas de plata son escasas en las colecciones; conozco solamente una, pero tan singular, que bien merece una corta descripción. Consta de un cañón como tubo de aspiración, de un recipiente con tapa para tabaco y, en prolongación, de una cabeza de caballo con riendas. Un pajarito se halla soldado sobre el cañón a poca distancia de un jinete araucano que sujeta las riendas. La tapa de la cachimba, agujereada como un colador un colador para dejar salida al humo, tiene una bisagra que le permite levantarse. Un pajarito igual al anterior está parado encima de la tapa. El cuello del caballo y la cabeza están bien formados. Los dos pájaros, el jinete y el caballo están orientados «en la misma dirección (Fig. 24). Esta valiosa pieza es de una gran originalidad.



PRENDAS DIVERSAS

Entre los numerosos objetos de plata confeccionados por los indígenas, citaré además de los ya nombrados, los «ihuekug» o anillos con que adornaban sus dedos las mujeres de los caciques y los «trarikug» o brazaletes que también llevaban en las muñecas y tobillos. El cacique José Ancavil me mostró un día su platería (Fig. 25); comprende un puñal con decoraciones y las iniciales del dueño; un cachito con anillos de plata; una cafetera de plata con preciosas decoraciones en relieve y una tapa adornada de un pajarito; un mate con la correspondiente bombilla, adornados ambos con un par de avecitas, y un cinturón de cuero tachonado de pesos argentinos, cerrado adelante con tres cadenas y un broche que representa un joven indio a caballo y tocando el cuerno. Este broche se llama «tiatol».

Los mates y las bombillas son comunes en las rucas y en las casas de préstamos. Casi siempre son verdaderas obras de arte confeccionadas por partes separadas y montadas en seguida (Fig. 26).



Fig. 25

Sería temerario afirmar que estos mates sean todos de factura netamente araucana. Muchos están decorados con animales europeos: leones, ardillas y peces estilizados. En la confección de tales piezas, si efectivamente son araucanas, han influido grandemente los modelos extranjeros. Las esculturas y los grabados superficiales revisten a veces una perfección minuciosa que contrasta con las verdaderas decoraciones araucanas similares, (Fig. 26). Actualmente, algunos plateros mapuches confeccionan hermosos mates que imitan estas otras formas más acabadas y les agregan adornos de su invención, como avecitas en diferentes posturas. Las decoraciones superficiales consisten en grupos de hojas dispuestas simétricamente, en figuras geométricas o en flores y hojas repujadas. Para esta clase de platería es difícil de limitar la parte que corresponde a los araucanos. Hacen viajes a la Argentina y traen de allá mates que conservan después en su poder.



Fig. 26

Los araucanos poseen una gran variedad de riendas, frenos, estribos y espuelas de plata. Además de los

estribos sencillos y macizos usan otros de formas complicadas, compuestos de arcos entrecruzados caprichosamente y con prolongaciones inferiores en forma de coronas almenadas o dentadas asociadas con grupos de flores estilizadas (Fig. 27). Algunas campanuliformes pueden usarse como copas. El jinete al apearse saca el estribo, lo lava, lo invierte y se sirve en él. He oído llamar esta forma «trarol». Otra forma muy elegante, de plata maciza, con granulaciones en serie lineales sobre las partes arqueadas es la llamada «tolto».



Fig. 27

Las decoraciones superficiales consisten en unos pocos puntos, rayas y arcos. Las espuelas de gran tamaño llevan apéndices colgantes como cadenas o correas anilladas de plata. Las riendas con adornos de plata son muy comunes entre los indígenas. Las hay con frenos de palanca llamadas «utrancu» de un trabajo esmerado (Fig. 28). La cabezada ostenta forros longitudinales, remaches y hebillas de plata maciza, eslabones de unión formados por patas y cabezas de caballo artísticamente estilizadas; el «unelhue» o freno, la barbada, la placa frontal y la gargantilla tienen formas originales y bien estudiadas. Largas varillas de plata encadenadas forman una cadena de gran lujo empleada como riendas.

La lista de objetos, usuales y de adornos de formas singulares podría, sin duda aumentarse, considerablemente, estudiando la platería de otras regiones de la Araucanía. Estas formas interesantes desaparecerán con los viejos mapuches. La juventud araucana abandona el traje nacional y adopta los usos de la vida moderna: Los plateros trabajan menos; los veteranos del arte mueren y no son reemplazados. Los profesionales de hoy son escasos y su preparación parece muy inferior a la de sus mayores. La aparición, en las colecciones del norte, de objetos imitados de los indígenas y fabricados para la venta, hace temer que en pocos años más sea difícil estudiar la verdadera platería araucana. Por estos motivos sería de desear un estudio más amplio sobre esta materia.

Si bien es cierto que la platería de los araucanos no tiene ningún valor prehistórico, no se puede negar que representa una etapa interesantísima en la vida, industrial y artística de la valiente raza araucana.

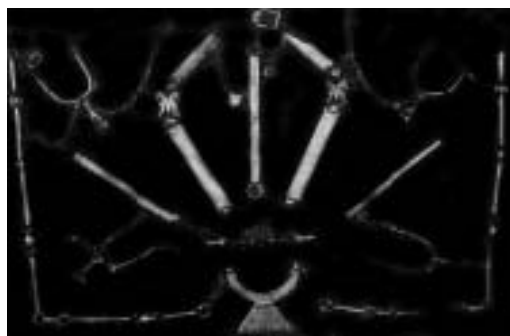


Fig. 28



Fig. 1. Un cacique araucano

LA VIVIENDA ARAUCANA

Los viajeros que visitan la Araucanía aumentan anualmente. Unos investigadores de profesión: naturalistas, etnólogos o artistas vienen del extranjero enviados por sus gobiernos o por grandes instituciones científicas a estudiar las costumbres de los araucanos y coleccionar material etnológico; otros son simples turistas deseosos de contemplar nuevas bellezas naturales, de sorprender a los indígenas en su ambiente habitual, de penetrar al interior de las rucas, de llevarse alguna prenda como recuerdo o cuando menos una fotografía de la vivienda. Unos y otros tropiezan con serias dificultades para lograr el objeto de sus deseos. Los araucanos tantas veces engañados con falsas promesas son extremadamente reservados con los forasteros. En cambio con las personas conocidas y las que saben ganar su confianza son comunicativos. Entre ellos los hay que saben relatar en forma clara y concisa sus costumbres actuales y pasadas y que se prestan gustosos a informar sobre cuanto se desea conocer.

Durante varios años de relaciones frecuentes con los indígenas de Temuco y de otras regiones de Araucanía he obtenido numerosos datos sobre la vivienda araucana y la técnica de su fabricación. Al mismo tiempo he estudiado con atención el mobiliario y los diversos objetos contenidos en ella. Las rucas araucanas encierran una multitud de artefactos usuales confeccionados por los mismos indígenas y utilizados en las distintas ocupaciones de su vida diaria. Estos objetos con la técnica de su fabricación son documentos de valor para el mejor conocimiento de las artes manuales de este pueblo y hasta cierto punto para aclarar sus afinidades raciales.

Para ampliar las investigaciones practicadas en Temuco he visitado los grandes centros de población indígena de Araucanía. En Boroa asistí a los preparativos de la gran concentración anual de Navidad y entré en relaciones con indígenas que ocupan una excelente situación social y económica en la vecindad. Durante varios días fui amablemente atendido por los Rev. Padres Capuchinos de la Misión que tanto trabajan por la civilización araucana. De paso por Imperial y Carahue examiné colecciones particulares y diversos tipos de rucas. En Puerto Saavedra y Budi recibí la más cordial hospitalidad de los R. P. Capuchinos Eucario, Odorico y Sebastián y estuve durante varias temporadas en relación con los mapuches de la costa. Llegué hasta Puerto Domínguez para adquirir artefactos regionales y asistir a su confección. El R.

P. Ernesto, misionero capuchino, autor del estudio etnológico lingüístico más completo sobre los araucanos me dispensó amistosa acogida por una semana, la cual dedicamos por entero a investigaciones científicas. En Cunco fui acogido con toda afabilidad por el R. P. Wolfram y pude recoger buenos datos en algunas rucas.

Tuve oportunidad de hacer tres viajes a las reducciones de Purén. Lanalhue y Cañete. En Purén las

familias Boisier y Harismendy me colmaron de atenciones y facilitaron mis relaciones con los indígenas. Amablemente invitado por el señor don Gastón Etchepare en compañía de mi colega el Profesor H. Ciro Boisier tuvimos las mayores comodidades para efectuar importantes estudios biológicos con la colaboración constante y entusiasta del propietario de la hacienda Lanalhue. Por la influencia del señor Etchepare conseguimos preciosas informaciones sobre las costumbres regionales de los mapuches.

Con el Dr. Samuel Lothrop y señora, enviados del Indian Museum de Nueva York, recorrí en Diciembre de 1929 y Enero de 1930 los centros de población indígena más interesantes de Araucanía, con el fin de reunir una colección tan completa como fuera posible de objetos fabricados por los araucanos y representativos de su cultura. Esta jira directamente encaminada a descubrir y adquirir artículos de todas clases para el museo Nueva York me permitió completar los datos anteriormente recogidos. Otras útiles informaciones he obtenido al acompañar al eminente escultor austriaco Carl Gelles venido especialmente de Buenos Aires a Temuco para observar los rasgos fisonómicos de los araucanos. He procurado asistir a la confección de los artefactos araucanos y darme cuenta de cómo los usan los indígenas. Numerosos grabados y fotografías tomados durante los trabajos reproducen a los objetos en una etapa de su fabricación y a los fabricantes en acción o a los mapuches en las actitudes adoptadas al usarlos.

El observador recibe de su primer contacto con los araucanos una impresión poco favorable. Sin embargo, con un estudio más atento y prolongado, esta primera impresión se desvanece conforme se va descubriendo en ellos las virtudes que sirven de norma habitual a su conducta, la hospitalidad, la justicia, la lealtad, la fuerza, dignidad y elevación moral, la sagacidad y el espíritu práctico para resolver sencillamente los problemas esenciales de la existencia.

Se hubiera deseado que su incorporación a nuestra civilización fuera más rápida. Por la lentitud con la cual han adoptado nuestras costumbres se los ha calificado de refractarios a la acción civilizadora ejercida en medio de ellos por varias instituciones beneméritas. En una obra de esta naturaleza es difícil conseguir resultados inmediatos. La pacificación de Araucanía terminó hace apenas medio siglo. Viven todavía muchos mapuches que participaron en las batallas y malones de entonces. Estos hombres de veinte, treinta años y más no podían cambiar bruscamente su modo de vivir. Se habían criado como pastores y cazadores, con vastas extensiones de terreno y numerosos rebaños. Hoy recuerdan aquel tiempo como una edad de oro desaparecida. Las vejaciones que tuvieron que sufrir de los conquistadores, y los engaños de algunos colonos han retardado la obra civilizadora emprendida por el gobierno de Chile.

La diferencia de mentalidad entre los araucanos y sus civilizadores, la falta de comprensión recíproca dificultan la solución del problema araucano. Los antiguos indígenas se limitaron a ocupar la tierra y se llamaron a sí mismos mapuches o gente de la tierra, pero nunca pensaron en adueñarse del suelo. Así como el aire, el agua, la luz y el calor del sol, la tierra era considerada, como un bien común puesto a la disposición de todos por el Nguene mapu, dominador de la tierra, su creador y dueño. Esta idea de considerar el suelo como bien común les acarreó serias desavenencias a la llegada de los conquistadores y colonos que se establecieron en terrenos de su propiedad exclusiva. El derecho de propiedad no era, sin embargo, desconocido de los araucanos. Desde pequeños poseen todos algunos animales y objetos de uso común obsequiados por sus padres y de los cuales pueden disponer libremente cuando se hallan en edad de gobernarse por sí mismos.

Se han levantado tres cargos de gravedad en contra de los araucanos. Se dice que son degenerados por el alcohol, ociosos y ladrones. Estas acusaciones son exageradas. Los araucanos se embriagan ocasionalmente, pero no habitualmente. Con motivo de sus grandes fiestas o cuando van al pueblo beben con exceso. En este último caso personas mal intencionadas no faltan para hacerlos tomar con el propósito de robarles más fácilmente. Si algunos lo pasan ociosos en sus rucas con frecuencia les hace falta el terreno donde trabajar. En ciertas reducciones los araucanos no tienen una hectárea de suelo por persona. En estas condiciones la vida es poco menos que imposible. Los que tienen mayores extensiones dejan una parte inculca para sus

rebaños de ovejas y bueyes. En los bajos y depresiones conservan las quilas y los matorrales para abrigo contra el mal tiempo y alimentarlos durante el invierno. Las extensiones de bosques les prestan igualmente buenas utilidades. De ahí sacan los materiales para sus construcciones y la leña para la venta o el consumo. Estos terrenos incultos los hacen considerar como ociosos cuando en realidad su conservación es una prudente medida muy benéfica para ellos.

Los araucanos roban en caso de necesidad, para alimentar, vestir o calentar a los miembros de su familia, pero no son profesionales del robo, Son más frecuentemente víctimas que autores de robos. Estrechados cada día más en sus exiguas reducciones, luchan estoicamente contra el hambre y los explotadores esperando días mejores. Tienen una fe inquebrantable en las promesas que se les hacen de mejorar su situación aún cuando sean de realización imposible. Se creen con derechos inalienables para ocupar el suelo que los ha visto nacer y que sus antepasados han defendido durante varios siglos con tanto valor.

Los araucanos no constituyen ya una raza pura. Casi todos son mestizos con una proporción mayor o menor de sangre europea. En una jira por las reducciones de Temuco el señor Carl Gelles me manifestó repetidas veces su escepticismo sobre la pureza de raza en los ancianos que le presentaba. Reconocía en todos rasgos fisonómicos característicos de los europeos. Le hice notar las pocas probabilidades que estos mapuches de Temuco. pudiesen tener sangre europea, por haber nacido en un centro netamente araucano distante de las ciudades fundadas por los españoles y cerrado a los extranjeros antes de la pacificación. Pero durante una larga conversación con un anciano e inteligente araucano, que tuvo una brillante actuación durante la fundación de Temuco, conseguimos la explicación de este fenómeno. El señor Gelles hallaba la fisonomía de este individuo más bien europea que araucana; atendiendo especialmente a la forma de la nariz, a la de los pómulos, al color de la piel y al del iris de los ojos. El anciano nos habló de sus viajes a Santiago y a la Argentina, de las batallas en que había tomado parte, del valor de los mocetones de su tierra y de los malones que sus antepasados habían dado. Su abuelo, cacique de Temuco, se fue con sus mocetones a caballo hasta la ciudad de Chillán para dar un malón y traer cautivas. De noche dieron el asalto y trajeron en ancas a doce jóvenes españolas o chilenas. Es así, nos dijo, como mi abuela era española de buena familia. Nos afirmó que casi todos los caciques de la región emprendían viajes semejantes para capturar cautivas, sea a las ciudades del norte, sea a las incluidas en territorio araucano. No deja de llamar la atención un viaje de Temuco a Chillan, ciudades separadas por una distancia de trescientos kilómetros, con el solo propósito de traer cautivas.

En esta mezcla de raza, las costumbres de los araucanos no se han alterado tanto como su estructura física, los caracteres etnológicos han perdurado más que los antropológicos. Los cautivos y cautivas presionados por el nuevo ambiente tuvieron que abandonar sus costumbres y adoptar los usos de los araucanos sin influir mucho en las prácticas de estos.



Fig. 2. Grupo de araucanos. Fig. 3. Una ruca cuadrangular.



Fig. 4. Ruca de Lumaco.

LA RUCA

Los araucanos no llegaron a formar ciudades y aldeas. Sus habitaciones se hallan esparcidas por el territorio a poca distancia unas de otras. Las edifican en las lomas, a proximidad de los esteros, algo reinada de los caminos públicos, de manera que puedan ver a sus vecinos y presentarse mutuamente pronto auxilio en caso de necesidad. La situación elevada de la vivienda les permite vigilar las siembras, los ganados y la llegada de los forasteros. Varios perros bravos y hambrientos las defienden y salen al encuentro de los desconocidos que se aproximan y los mantienen a distancia hasta la llegada de los moradores. Estos reciben a sus amigos y compatriotas con afabilidad, los saludan largamente, los invitan a entrar, y a sentarse en el mejor asiento; les preguntan por todos los miembros de su familia y les preparan algo para comer. En cuanto a los forasteros los saludan con reserva y acogen con cierta desconfianza. Se informan del motivo de su visita, contestan sus preguntas con respuestas evasivas y terminan con ellos en pocas palabras. Pocas veces los invitan a entrar y sentarse por temor a las preguntas indiscretas. Toman especiales precauciones con los visitantes que llevan máquinas fotográficas. No quieren que se les retrate, sea por hallarse mal vestidos, sea por no perder el alma y la vida que la máquina les podría arrebatar. No permiten tampoco tomar fotografías de sus rucas sin pagar, por considerar que el fotógrafo realiza un negocio productivo al sacar una vista o que hace propaganda en contra de ellos en Santiago. Un excelente medio para vencer su oposición y conseguir fotografías instructivas consiste en mostrarles retratos de indígenas influyentes, conocidos suyos que se han prestado gustosos a que se les retrate.

Después de varias visitas para saludarlos y conocerlos, después de comprarles algunos objetos, de obsequiarles cigarrillos, de regalar algunas golosinas a sus hijos, de conversar con ellos acerca de la propiedad indígena y de manifestarles interés por su situación, se gana su confianza. El dueño de la ruca invita a entrar, la mujer presenta el mejor asiento, la conversación se entabla sobre las tradiciones de la raza, sobre las costumbres actuales, los trabajos habituales y la técnica especial de las diversas profesiones.

Las rucas son habitaciones sencillas, ordinariamente de base rectangular, de costados verticales hasta una altura de uno a dos metros y de techo en plano más o menos inclinado. Los araucanos la confeccionan con materiales de sostén macizos trabados en armazón y con otros más livianos de relleno: paja de gramíneas, tallos de ciperáceas y juncáceas. Tienen una o dos puertas, pero carecen de ventana. La ruca primitiva de

base circular y de forma cónica, hoy día probablemente desaparecida, se ha ido transformando paulatinamente hasta llegar a la forma rectangular actual. Existen varias formas de transición que representan las etapas de esta lenta evolución: las de base elípticas cuyo techo llega en plano inclinado hasta el suelo en toda la superficie, y las de base idéntica con los costados levantados verticalmente para recibir el techo a cierta altura, las poligonales con dos costados alargados y paralelos y las extremidades en semi hexágono cuyo techo desciende oblicuamente sin alcanzar hasta el suelo, las truncadas en U, las rectangulares forradas totalmente con paja y las de misma forma con el techo de paja y los costados forrados con tablas aserradas. Estas últimas marcan un progreso sobre las anteriores y conducen a las modernas habitaciones de los araucanos acomodados, techadas con zinc y fierro galvanizado y parecidas a las casas del campo de los chilenos.

Las rucas cubiertas enteramente con paja son muy abrigadoras. Los mapuches las prefieren a las casas de madera techadas con zinc y acontece que siguen alojando en las primitivas mientras destinan las modernas para guardar sus maquinarias, sus herramientas y sus animales.

La orientación de las rucas no es constante: unas se hallan dispuestas longitudinalmente de sur a norte con la puerta de entrada en una de las extremidades y otras, en mayor número, de este a oeste con la puerta de preferencia hacia el oriente, pero en muchas reducciones no faltan otras en posiciones intermediarias. Las dimensiones de las habitaciones varían según las regiones, la fortuna de los dueños y el número de personas que viven en ellas. Las mayores miden de doce a quince metros de largo por siete a diez de ancho y unos cuatro a seis de alto.

Desde el interior se ve la armazón de postes, vigas, soleras, tijerales y amarras correspondientes.

Los araucanos distinguen varias partes en la ruca y señalan cada una por su nombre respectivo: llaman «trafruca» los costados verticales que hacen el oficio de paredes y «mellafma» el techo en atención a su forma aplastada. El «huenuruca» corresponde al cielo de nuestras habitaciones y el «ullolunruca» a las aberturas superiores por las cuales se escapa el humo, denominadas también «tripay huenruca» en Maquehua. Al entrar en la ruca por el «hulñinruca» o puerta se ven alineados en medio los horcones o «mequefruca», gruesos postes cuadrangulares que sostienen el «cuicui» o cumbre. Los «añañel» postes de la periferie, piezas de resistencia del trafruca, plantados a varios pasos de distancia llegan a una altura uniforme y sostienen los «cuicui»

o soleras laterales, así llamadas por imitar a un puente de madera sostenido por troncos. Desde el cuicui hasta el cuicui se inclinan paralelamente las taras o tijerales. Los «huileill», ramas despojadas de reñi (*Chusquea cumingii*) están tendidas atravesadas encima de los tijerales para sostener la paja. Amarran las taras encima de los cuicui y los huileill sobre sus soportes con «mau», sogas de «reme» (*Juncus Dombeyanus* y *J. planifolius*). Las amarras reciben también los nombres de «mequef», «trarili» y «zef». Ciertos araucanos de Maquehua llaman «cupencall» a las soleras y «lion» a los tijerales. Los de Boroa dan el nombre de caquemell a los costados. Si estos últimos alcanzan una elevación de un metro tres cuartos a dos, varios «pizeliel» o vigas transversales los unen y existe entonces un «pideil» o segundo piso donde guardan los «huertrinhua» o atados de maíz, el «trapi» o ají, los «quelhuí» o porotos en matas y otras provisiones.

Para techar y forrar los costados usan tallos de gramíneas como la «linquena» (*Hierochloa altissima*) conocida vulgarmente con el nombre de ratonera, el «moll» (*Cortaderia argentea*), en ciertos casos el coiron (*Andropogon argenteus*), algunas ciperáceas y juncáceas: la cortadera, en araucano «trome» (*Cyperus vegetus*), el «reme» (*Juncus procesurus* *J. Dombeyanus* y *J. planifolius*), el «huen» (*Typha angustifolia*). Todas estas plantas les sirven, además, en la confección de esteras y canastos de diversas formas.

En medio de la habitación se halla el «kutrahue» o lugar donde encienden el fuego. El «fitrún» o humo se esparce por el interior y cubre el «pideil» y «huenuruca» de una espesa capa de hollín y sale por los «ullolunruca» aberturas situadas en lo alto del techo, una a cada extremidad del cuicui. En torno del kutral o fuego aparecen varios «huancu» asientos de madera de una sola pieza y parecidos a pequeñas

bancas de las cuales han sacado su nombre. El mobiliario de la ruca, así como su ubicación, varían poco. Se puede indicar el puesto habitual de ciertos muebles y objetos comunes. Cerca de la puerta de entrada se levanta el hui-tral o telar. La luz llega abundante a la tejedora en este sitio. Allegados a los costados se hallan los «nectantu» o camas, los cajones para guardar ropa o provisiones, unos cuantos barriles para conservar el trigo o el maíz. Esparcidos por el suelo sin orden determinado, aparecen el «cusí» y «ñuncusi» o piedra de moler, el «tranatrapihue» o mortero para la sal y el ají, los cántaros y ollas de greda, mencuhe, metahue, lupe, algunos canastos, quelco, chaihue y llepu, grandes bateas y palanganas de madera. Del techo y de las vigas cuelgan bolsas de cuero: tralque, ñilla vaca, trontron y llafan, el cernidor o tcheda, el cultrun, la trutruca, los utensilios de madera, el rali, los refuhes, el cupelhue o cuna de los niños, el chihue, aparato destinado a las gallinas. De los quilpaihue o ganchos de madera penden las riendas, los estribos y las monturas. Otros objetos menudos están clavados al interior del techo o colocados encima de las vigas, el coliu cargado de lana, el aspahue con madejas de hilo, el maichihue y el coipu, herramientas para trabajar la madera. Los artículos de valor, los recuerdos y los adornos están guardados en saquitos de cuero o en baúles de madera.

El interior de algunas rucas está dividido en «catruntucu» o piezas por los «raqraquel» tabiques confeccionados con varilla de colihue. Las piezas de mayores dimensiones reciben el nombre de «llisuca» en Boroa mientras se reserva a las simples alcobas el de «catruntucu». En estas habitaciones interiores viven con su ajuar algunos parientes o amigos íntimos del dueño.

Los antiguos araucanos solían pedir la ayuda de sus amigos cuando edificaban una ruca. Estos venían numerosos y prestaban gratuitamente sus servicios. En cambio, el dueño los atendía con abundante comida y bebida. Consideraban estos trabajos en común como un día de fiesta, el «rucan» o «quepeln». La costumbre no ha desaparecido completamente. Los indígenas pudientes y tradicionalistas la han conservado. Los demás se valen solamente de los miembros de su familia y proceden por etapas por un período de varias semanas.

Con anticipación los constructores preparan los materiales. Cortan los árboles destinados a formar la armazón. De preferencia escogen el pellín (*Nothofagus obliqua*) para fabricar los horcones centrales y los postes laterales. Esta madera pesada y resistente, difícilmente atacada por xilófagos se conserva bien enterrada. Con hacha labran los troncos, los dejan cuadrangulares, del largo conveniente y con un sacado en una extremidad para alojar los cuicui. Labran igualmente estos últimos o emplean directamente tallos de hualles y otras especies. Para cuicui pangui o cumbrera eligen un largo tronco de canelo o foigue (*Drymis Winteri*) su árbol sagrado cuya madera se endurece con el calor y la acción prolongada del humo. Descartan en cuanto pueden de la armazón de sus habitaciones la pitra (*Eugenia pitra*) que fácilmente se agusana y dura pocos años. Preparan, además, varias docenas de taras, tijerales cilíndricos aplicados por la extremidad delgada sobre el cuicui pangui o cumbrera y por la gruesa encima de los cuicui o soleras y amarrados con sogas.

Mientras algunos indígenas se dedican a estas tareas pesadas, otros arrancan en los bosques vecinos enredaderas para amarrar las piezas de la armazón y la paja encima de éstas. Como amarras emplean el voqui blanco (*Cissus striata*, *Lardizabala biternata*), el copihue (*Lapageria rosea*) y ramas delgadas de *Proustia pyrifolia*. Los tallos volubles de estas especies alcanzan a gran altura y son abundantes en todas las selvas vírgenes. Utilizan también cuerdas de reme o junquillo (*Juncus planifolius* y *J. Dombeyanus*) conforme van desapareciendo las selvas. Los indígenas de Maquehua las llaman «zef» y los de las reducciones del norte «mau».

Para trenzar sogas continuas con el reme los operarios parten longitudinalmente los tallos en fibras y raspan la médula. Las dejan secar durante un día o dos y las remojan antes de trenzarlas para devolverles su flexibilidad. Sujetan entre los dedos de los pies un manojo de fibras corticales, lo dividen en dos porciones iguales que tuercen simultáneamente al frotarlas con las palmas de las manos sobre las rodillas en sentido opuesto. Al aproximar las dos porciones torcidas se transforman en soga automáticamente.

Incluyen nuevas porciones de corteza fibrosa a la cuerda en formación para hacerla continua. La fabricación de estas amarras trenzadas ocupa varios operarios por algunos días. Las sogas de ñocha y chupón (Bromelia) más finas y resistentes son de elaboración más lenta y poco usadas en la confección de las rucas. Los indígenas las reservan para la fabricación de redes y canastos cuya técnica se dará más adelante.

El «reñi» o colihue desempeña un importante papel en la estructura de la ruca. Deshojan sus largos tallos y los tienden por grupos de dos o tres entre las taras y cruzados sobre éstas de manera que formen una red rígida como sostén de la paja. Esta trabazón con las amarras constituye los «huimeill».

Algunos días antes de levantar la ruca, los indígenas cortan la ratonera, la cortadera, el junquillo y el moll necesarios. Exponen estas hierbas al sol durante un par de días y cuando están medianamente secas las reúnen en pequeños atados.

La elección de las plantas importa para la duración de la ruca. Los techos de moll resisten unos cuatro años, los de reme alcanzan a seis y los de linquena se conservan hasta veinte años. Esta última especie preferida de los araucanos para techar, escasea cada vez más con el cultivo de los campos y se hace necesario el uso de las otras plantas.

Al edificar sin el concurso de amigos, el dueño de la ruca ayudado por los suyos corta, labra y acarrea en primer lugar los postes, soleras y tijerales, lo que exige una semana de trabajo a varias personas. Estas se dedican después a juntar y arrollar las enredaderas, a trenzar las sogas de reme, a cortar y deshojar las ramas de colihue. Por fin arrancan o cortan de 10 a 15 carretadas de linquena, de reme o de moll. Con estos materiales reunidos pueden armar la ruca.

El día señalado para el «rucan» los invitados llegan temprano y dan principio a la obra con entusiasmo, capitaneados por un indígena especialmente nombrado por el dueño. El capitán es siempre un amigo íntimo de éste, diligente y entendido en la técnica de la ruca. El elegido distribuye las tareas entre los trabajadores. Excavan con azadones y palas hoyos de dimensiones apropiadas para plantar los dos o tres horcones centrales. Entre varios los levantan, acuñan la parte enterrada con piedras y los dejan bien verticales y de igual altura. Miden el largo y el ancho de la habitación con largas varillas de colihue y trazan en el suelo con un palo o una pala las rayas que señalan la periferia. Del mismo modo dejan marcado el emplazamiento de los añañel

o postes laterales. Cavan los hoyos en los sitios marcados; plantan los postes cuidando que todos lleguen al mismo nivel, los alinean y acuñan la base con piedras y tierra comprimida. Alojando las soleras en la cabeza ahorquillada de los postes, levantan en alto la cumbrera entre muchos y la afirman sobre los horcones centrales. Aplican las taras oblicuamente de modo que su extremidad delgada descansa sobre la cumbrera y la más gruesa sobre las soleras. Las amarran sólidamente con sogas o con un manojito de voqui, que las mantiene distantes unas de otras y las impide resbalar. En dos o tres horas los quince o veinte trabajadores levantan toda la armazón, tarea más pesada que lo restante de la construcción. En posición horizontal y atravesados sobre las taras disponen los huimeill, ramas de reñi (*Chusques commingii*) reunidas por grupos de dos a tres o más y amarradas con mau, cuerdas de junquillo conocidas también con los nombres de zef o trenzas de trarili o ataduras, de mequef o amarras.

Mientras algunos mocetones distribuyen y atan los huimeill hacia la cumbrera, los otros empiezan a techar y a forrar los costados con manojos de quena. Desde abajo colocan los manojos en hileras y yuxtapuestos a lo largo de los costados y en los extremos y amarran cada uno con mau o voqui contra los huimeill. La segunda corrida aplicada más arriba cubre la mitad de la anterior y oculta completamente las ataduras. La tercera cubre también parcialmente la segunda y así sucesivamente.

Algunos ayudantes menos experimentados permanecen en tierra para elevar los manojos de quena a los que se hallan en el techo. Estos últimos los ordenan y los amarran introduciendo las sogas de reme con largas agujas de colihue, tiradas desde el interior por algunos jóvenes que se cuelgan de las taras contra el huenuruca. Los del interior vuelven a pasar la aguja y los de afuera tiran fuertemente sobre la soga para comprimir la capa de quena.

Para no estorbarse, los operarios se reparten en los costados y en los extremos de la habitación. El trabajo progresa rápidamente acompañado por las voces de mando y los gritos alegres de todos.

Mientras los invitados se entregan a su dura labor, el dueño y la gente de casa se preocupan de atenderlos dignamente. Les han fabricado varios chuicos de muday y de chicha, las mujeres preparan el mote y los jóvenes están carneando un novillo, algunas ovejas o un caballo y todo estará a punto cuando acaben de techar.

Tan luego como está terminada la ruca todos penetran al interior y se enciende fuego en el medio. Las mujeres ofrecen los asientos, extienden los pellejos, los lamas y los pontros en los de ciertos indígenas más calificados, luego sirven la comida; el mote en platos de madera, grandes trozos de carne asada, que los convidados toman con las manos y desgarran con los dientes. El dueño hace repartir el muday, la chicha y el tabaco. Llegan individuos que no han tomado parte en los trabajos de edificación atraídos sólo por el rucan. El dueño les da buena acogida y les hace servir. La comida es abundante y alcanza para todos. La fiesta se prolonga por la noche con cantos y bailes y termina sólo cuando se han agotado las provisiones.

Cuando el dueño y los moradores de la ruca edifican solos, trabajan a rato en la construcción y se dedican después a sus ocupaciones urgentes. Demoran una semana o dos en componer la armazón y con frecuencia dejan pasar una temporada antes de techar. En la región del lago Budi no faltan rucas que permanecen meses enteros sin techar. La confección del techo puede también prolongarse por varias semanas. Al terminar la construcción los habitantes no celebran fiesta especial. El procedimiento moderno, más lento que el antiguo, es algo más económico que éste. Con aquel evitan los gastos del rucan bastante subidos.

Los araucanos adoptan las tablas para cerrar los costados de sus rucas en la vecindad de los aserraderos y de las ciudades o en los lugares donde faltan la quena y demás materiales para techar. La compra de tablas y de clavos eleva el costo de las construcciones. El valor aproximado de una ruca de 10 metros de largo, 6 de ancho y 5 de alto, techada y forrada en los costados con línquena es de doscientos pesos. Aunque sin ventanas para renovar el aire y dejar paso a la luz y al sol directo, las condiciones higiénicas de las rucas aparecen mejores que las de los conventillos de ciertas ciudades. El humo al escaparse por los ullolunruca, produce un tiraje para la renovación del aire. La capa interior del hollín contiene productos antisépticos que producen una desinfección constante. Por fin los frecuentes lavados y baños de los habitantes y su costumbre de desafiar las intemperies los mantienen en buena salud.



Fig. 5. Plano esquemático de una ruca en Boroa.

Los araucanos acomodados construyen casas de madera con techo de zinc y arreglan el interior con el mobiliario usual de los chilenos. Los hay en Boroa que poseen excelentes casas de habitación, extensos galpones con máquinas agrícolas, establos de buena presentación para sus animales, que manejan su auto, llevan la vida de ricos hacendados y reciben a los forasteros con gran distinción. Debo mencionar entre

otros a los Raiman de la cancha de Boroa, jóvenes araucanos de buena situación que me recibieron con muchas atenciones y me impusieron de sus actividades agrícolas y comerciales dignas de imitación. Cerca de Temuco tengo relaciones con araucanos que poseen buenas casas de habitación, rodeadas de jardines bien cercados, con huertas, árboles frutales, caminos sombreados por alamedas o plantaciones de pinos. Los hijos de estos progresistas mapuches se educan en las escuelas primarias y secundarias de la ciudad. Entre los mayores que ya terminaron sus estudios, algunos desempeñan el oficio de empleados en las grandes casas de comercio y ganan sueldos elevados.

EL MOBILIARIO DE LA RUCA

En vano se buscaría el confort en las rucas araucanas. Los muebles sencillos y primitivos son fabricados por indígenas entendidos, conocido con el nombre de «Curiosos», valiéndose de los pocos materiales que tienen a su alcance. Cada curioso se especializa en la confección de uno varios objetos a los cuales imprime, según su habilidad, formas más o menos artísticas.

Se podrían clasificar los artefactos araucanos atendiendo a los usos que están destinados; sin embargo tomando en cuenta la técnica de su fabricación, resulta más fácil dividirlos según la materia que entra en su formación y estudiar en grupos separados los objetos de piedra, de greda, de madera, de mimbre, de cuero, de cuerno, de hueso, de crines, de lana y de metal. Existen algunos utensilios destinados a los mismos usos fabricados con materiales distintos, lo que se consigue modificando ligeramente las formas y adoptando una técnica apropiada. Los antiguos araucanos se valieron mucho de la piedra como materia prima en la confección de sus instrumentos,

antes de saber trabajar los metales. Los actuales la utilizan todavía para fabricar los tranapihue, cusi y ñumcusi. En diversas rucas conservan como recuerdos de los tiempos pasados tokicura, maichihuecura, charu, llakai, pifilca, quitra y llancatos, objetos labrados en piedras y sustituidos hoy por herramientas, útiles de madera y de greda. El cusí es una piedra plana de forma rectangular o de contornos redondeados, de cuarenta a cincuenta centímetros de largo por treinta a cuarenta de ancho y unos diez a quince de espesor, usada para moler el trigo, el maíz, la cebada, el lino y diversas semillas y en ciertos casos la sal. El ñumcusi es otra piedra menor, alargada, algo cilíndrica o prismática o por lo menos con una cara plana que pueda resbalar ajustadamente sobre el cusi. Los fabricantes las labran de preferencia en bloques de granito, de lava compacta en las regiones volcánicas, con piedra molar, andesita y otras piedras planas de inferior calidad; las labran antiguamente golpeándolas con otras piedras más duras y gastaban las puntas salientes e irregularidades de la cara más plana y ancha por frotamiento prolongado. Actualmente las labran con ayuda de martillos y cinceles y excavan

ligeramente la cara más apropiada para moler. Después la riegan con agua para ablandarla y la frotan con piedras duras para pulirla. El cusi con el correspondiente ñumcusi son instrumentos indispensables para los araucanos, se los halla en todas las rucas. No los venden aún cuando los tengan duplicados salvo en caso de gran necesidad, los compran a los fabricantes con un cordero y emprenden viajes de uno o varios días a caballo para traerlas a su domicilio.

Entre los mapuches de Temuco se van propagando hermosas piedras de moler cuidadosamente labradas en toda su extensión, provistas de cuatro patitas, obra de adoquineros chilenos que trabajan en las canteras de Metrenco y las venden en doce pesos o su equivalente en especies.

Para moler las mapuches extienden en el suelo un tralque, cuero de oveja destinado a recibir la harina, conocido también con los nombres de donoll y trekum en ciertas reducciones. Asientan la piedra en medio del pellejo y acuñan una de sus extremidades con un palo ahorquillado que la mantiene levantada, inclinada e inmóvil. Arrodilladas frente al extremo levantado del cusi con la provisión de trigo a su alcance en un quelco o un cántaro y el llepu a un lado con algunos puñados de trigo, vestidas solamente con el chamal y con los brazos desnudos se entregan con entusiasmo varias horas a su dura labor. Esparcen la

semilla para separar la paja y las piedrecitas y después de un prolijo examen vierten su contenido de a poco sobre el cusi. Asen con ambas manos el ñumcusi y lo hacen resbalar una y otra vez con fuerza sobre el cusi aplastando en cada empuje una cortina de granos. Con repetidas pasadas del ñumcusi contra el cusi reducen el trigo en harina y cáscaras.

Entonces extraen la paja y las piedras de nuevas cantidades sobre el llepu y las muelen como las anteriores.

Acostumbran también tostar los cereales antes de molerlos, lo que facilita esta última operación y comunica a la harina un gusto especial. Asientan una olla de greda o de fierro sobre las brasas, echan al interior unos puñados de arena y encima una pequeña cantidad de trigo, cebada o lino por tostar. Por su mayor densidad la arena vuelve al fondo y por su mejor conductibilidad absorbe más calor que las semillas. Al revolver con un manojo de ramitas el contenido de la olla los granos se sepultan en la arena caliente o ésta se filtra en medio de aquéllos y les cede el calor adquirido. Por este procedimiento, revolviendo continuamente la mezcla, la porción de semilla se tuesta en forma homogénea. Después de diez minutos queda a punto la parte calentada. Se la separa de la arena que se reúne en el fondo de la olla al sacudirla mientras los granos quedan encima. La arena sirve indefinidamente para tostar nuevas cantidades de semillas. Los chilenos proceden del mismo modo que los araucanos para preparar la harina tostada.

Los tranatrapihue o morteros para el ají y los tranachadi o morteros para la sal existen también en todas las rucas, pero los hay de madera y de piedra y estos últimos son ya menos comunes que los primeros. Los de piedra son macizos, de contornos muy variables y de forma generalmente tosca, labrados en bloques que se asientan naturalmente sobre una base firme y presentan una cara superior adecuada para excavada por presión y frotamiento prolongado. Observé uno de base plana y de contornos esferoidales con la región superior excavada en copa de Huentelolen. Cerca del Purén tomé el diseño de otro de forma trapezoidal en la cara superior bien excavada. Un tercer ejemplar, parecido a un pan de azúcar truncado, cuyo peso no era inferior a diez Kg. dibujé en una ruca de Budi. Los indígenas de Temuco los tienen más planos y de formas menos elegantes. Los de Maquehua y Truf Truf utilizan las piedras ovaladas o planoredondeadas comunes en los lechos de los ríos Cautín y Quepe y se limitan a excavar una de las caras.

Sin atribuir gran valor a los tranatrapihue de piedra, los araucanos los aprecian como artículos necesarios y difíciles de reemplazar. Los prefieren a los de madera y se resisten casi siempre a venderlos. El mazo del mortero consiste en una piedra alargada más o menos cilíndrica.

Los adoquineros del sur labran en las canteras hermosos morteros usados desde unos pocos años por los mapuches. Estos morteros de forma estética y de buena factura, vendidos en 4 o 5 pesos, se propagan rápidamente entre ellos y vienen a sustituir los antiguos tranatrapihue.

Los toquicura o hachas de piedra usados por los antiguos araucanos como insignias de mando durante las guerras, eran, además, utilizados para cortar madera y carne. El suelo de Araucanía contiene numerosos ejemplares llamados rayos por la gente del campo, que los recoge y oculta en su casa para atraerse la buena suerte y hacerse rica en poco tiempo. Los araucanos conservan también algunos ejemplares como recuerdos de los tiempos pasados y como instrumentos cortantes a falta de herramientas mejores. Un viejo mapuche de Licanco usaba en 1928 un hermoso toquicura para cortar el charqui, otro indígena de Galvarino trajo el año pasado a Temuco un hacha de piedra de elegante factura usada para el mismo fin.

Los maichiwecura o azadores de piedra son más escasos que los toquicura. Se suele hallar uno que otro en las rucas y los mapuches más viejos recuerdan el modo de usarlos entre sus antepasados. Estos instrumentos están actualmente fuera de servicio y diseminados en el suelo. Los describiré entre las antigüedades de Araucanía.

Las piedras circulares perforadas en el centro, comunes en el suelo de Araucanía, se hallan también en las rucas. En atención a su forma los mapuches de varias regiones las llaman «catancura», piedra perforada. Los Araucanos de Perquenco les dan un nombre que recuerda al mismo tiempo la forma y la función «trapelsiñu», amarra agujereada. Según su tradición los antiguos de esas reducciones las usaron como

anillos adaptados a sus instrumentos de trabajo y como armas arrojadas en tiempo de guerra.

Los Araucanos de Boroa las denominan «Pimuntue», nombre que se refiere exclusivamente al uso. La palabra pimuntue significa lugar donde se sopla. Los boroanos atribuyen a estas piedras un poder maravilloso. Si han robado o causado daño a una persona y desean que permanezca oculto su delito toman el pimuntue, colocan en frente de la boca la abertura central, por ella soplan con fuerza y expresan en alta voz su deseo: «que no sepa el dueño que yo fui, que no lo sepa», y vuelven a soplar. Desde este momento quedan tranquilos y convencidos de que no serán descubiertos ni molestados. Si alguna persona habla mal de ellos acuden al pimuntue y en la actitud indicada dicen: «que fulano no hable mal de mí, que se calle y no diga mal alguno». El efecto no es dudoso para ellos. Las malas lenguas callan. Al pimuntue confían sus más importantes secretos y con él conjuran los serios peligros que los amenazan.

Conservan también algunas boleadoras o lacay que arrojaban con gran destreza y fuerza contra los huanacos, pumas, así como contra los caballos en las batallas. Los tehuelches las usan todavía.

Entre los plateros algunos usan el charu, crisol de piedra refractaria labrado en escoria volcánica y de forma cilindro-cónica. Las «pifilcas» o pitos de piedra, instrumentos de música comunes en las rucas, fueron fabricadas antiguamente con piedra. Las actuales son de madera. De los primitivos quedan algunos en las reducciones de la costa. Los ejemplares recogidos, en el suelo, tan variados en sus formas y tamaños, serán estudiados entre las antigüedades de Araucanía.

Las quitras o cachimbas de piedra en posesión de los araucanos son escasas. Hoy día los mapuches fuman cigarrillos. Sin embargo algunos veteranos conservan como recuerdo unos ejemplares de gran valor etnológico.

El señor don Erich Tschabran, de Contulmo, ha logrado reunir una valiosa colección de artefactos antiguos que tienen numerosos ejemplares de cachimbas de piedra. Se pueden también mencionar los «lican» o piedras porfíricas apreciadas por los machis y usadas en sus curaciones. El cuchillo de cuarzo empleado en sus operaciones, los «llancas» o piedras de color, usadas con adorno, las bruñidoras usadas por los alfareros, los instrumentos de piedra, han sido gradualmente reemplazados por los de greda, madera y de metal.

LA ALFARERÍA

Los artefactos de greda son comunes en todas las rucas. De formas elegantes y variadas, de dimensiones muy diversas, corresponde a cada tipo un nombre especial. La profesión de alfarero es desempeñada siempre por las mujeres. Las «huidufe» o «metahuefe» confeccionan desde los «feihuen», «mencuche», y «kelihue», grandes jarros para muday, hasta los reducidos pichi metahue. Los principales vasos, cántaros y ollas son los «llicampi», los «lupe», los «quetro», los «challas», los «quintahuen», los «chifeñ» y «chiculla» y los modernos «achawal metahue» y «trewa metahue», etc.

He asistido a la confección de varios cántaros en Lanalhue y en Licanco. Las huidufe o alfareras se proporcionan la greda en veneros reputados por su calidad a orillas de los caminos y de los ríos en las quebradas. Con el tiempo han llegado a producir cuevas en los sitios explotados.

Al ir en busca de material las metahuefe llevan consigo un pequeño obsequio al «reicuse», espíritu protector y dueño de la greda. El regalo consiste en cintas, cordelitos y lana hilada u otro objeto de poco valor. Lo anudan a un volil mamel, arbusto vecino, donde queda hasta su destrucción por efecto de las intemperies.

Las buenas canteras muy frecuentadas por los alfarero, se reconocen en el número de cintas y filamentos flotantes amarrados sobre las plantas próximas. A la greda suelen agregar laja molida o raspadura de las mismas piedras. En la región de la costa acostumbran también mezclar arena con la greda. Tienen buen cuidado de obsequiar regalitos a los seres protectores de estos productos para que sus cántaros no se resquebrajen durante la cocción y salgan buenos. Cerca de la misión de Puerto Domínguez, las huidufe de

la región explotan una cantera de laja donde flanean en ciertas épocas más de cuarenta regalos al reicuse. En una cueva situada en Huetelolén, a orillas del camina de Cañete a Tirúa, he contado dieciocho cintas de lana obsequiadas al dueño de la greda.

Las alfareras amasan ésta con agua cuando se halla seca y extraen con cuidado las piedrecitas y materias extrañas. Pulverizan en morteros la laja y la agregan a la mezcla. Trabajan al aire libre. Extienden por el suelo una estera o un pellejo; se arrodillan o sientan encima. A un lado disponen la greda amasada, al otro un recipiente con agua, delante una tableta para asentar el cántaro y al alcance de la mano una valva de macha. Amasan un puñado de greda, lo aplanan entre las manos en placa discoidal y los asientan sobre la tableta. Este disco constituye el fondo del vaso en formación. Toman otra cantidad de greda amasada, con ambas manos la transforman por frotamiento sobre una tabla vecina en un largo cilindro flexible y parecido a una longaniza, aplican el cilindro sobre el borde del disco y lo enroscan como serpentín de modo que cada espira descansa sobre la anterior. Imprimen a las espiras una dirección circular u ovalada en relación con la forma del metahue proyectado. Con nuevas porciones de greda transformadas en cilindro y aplicadas del modo indicado, cuidando de soldar las extremidades de los segmentos consecutivos, mojándolas un poco y aumentando la superficie de contacto llegan a producir un recipiente de forma original, edificio de cilindros gredosos enroscados y superpuestos, de escasa consistencia y que se desmoronaría si la alfarera no lo manejara con tanta habilidad. Con una mano al interior del vaso y la otra orientando el cilindro comprime ligeramente cada espira contra la anterior y consigue una adherencia suficiente para impedir su deformación. Cuando las aspiras superpuestas alcanzan a la mitad de la altura que debe tener el cántaro, la huidufe moja una valva de concha, una cuchara o una pequeña espátula, y con el lomo empareja el exterior. Con unas gotas de agua ablanda la superficie de las espiras, la concha al resbalar arrastra un poco de greda que se aloja en los surcos, mientras por el interior la alfarera hace punto de apoyo con una mano en frente de la espátula. Después de emparejar el exterior pasando alternativamente la concha mojada hacia arriba y hacia abajo, empareja el interior, forma punto de apoyo con la mano libre por el exterior para contrarrestar el efecto de la presión ejercida con la concha. Toma precaución para que el espesor quede igual en toda su superficie. Dispone otras espiras de greda para elevar el cántaro hasta la altura deseada y la empareja con la espátula antes de que, por efecto del propio peso, se deforme la región inferior. La mano situada al interior tiene una función importante para asegurar la curvatura y estabilidad de las regiones abovedadas que tienden naturalmente a hundirse por su propio peso. Ahí es donde la alfarera revela toda su maestría. El asa, los adornos superficiales y los salientes se agregan al terminar el modelado. Se remojan las regiones que deben ponerse en contacto y se aumenta la superficie para asegurar mejor la adherencia.

La confección de un cántaro de dos o tres litros de capacidad exige media hora de trabajo. Las alfareras aprovechan la greda y preparan varias vasijas en cada sesión. Las dejan secar a la sombra, de preferencia en el pideil de las rucas, antes de cocerlas. Cuando se han endurecido, las pueden revestir con una delgada capa de greda amarillenta o negruzca desprovista de laja molida o de arena, para dejar la superficie más lisa y con un color más atrayente. Los araucanos no saben esmaltar sus vasija, ni conocen al arte de pintarlas y contadas son las que tienen un rudimento de decoración. Las de reducido tamaño se secan en tres o cuatro días, las mediana, de paredes más espesas, demoran un tiempo mayor y las de grandes dimensiones una semana o más. Antes de cocerlas, la alfarera las bruñe frotándolas con el «pezem», piedra lisa y dura. El bruñido de un cántaro de dos litros de capacidad dura un par de horas; el de un mencuche para muday puede durar hasta 6 horas. La superficie exterior de las vasijas se vuelve, con el bruñido, lisa y brillante. Si se las frota con lana adquieren un color negro. Un día o dos después de bruñir los cántaros, se los cuece. Se enciende un gran fuego en medio de la ruca y se calienta poco a poco cada pieza de alfarería para que no se trice. Con un palo de colihue metido en cada pieza cruda la alfarera la pasea por la llama y después la acuesta en medio del fuego. Le da vuelta varias veces para que se caliente uniformemente. Esa calefacción preliminar prepara la vasija para soportar las temperaturas más elevadas de la cocción. Cubre el

cántaro en tratamiento con astillas de pellín (*Nochofagus obliqua*) leña cuya combustión produce muchas calorías y aviva el fuego con un fuelle o agitando el borde de su delantal. El cántaro se pone luego rojo oscuro, pasa al rojo vivo y durante cerca de diez minutos toma un aspecto rojo blanco.

Si el cántaro es de pequeñas dimensiones se cuece en una hora, pero si se trata de una vasija grande, la alfarera necesita encender una gran hoguera y dejarla en ella de 5 a 8 horas. Cuando está más o menos cocido y con temperatura elevada, calienta agua de mote o muday en otro cántaro viejo, retira del fuego la pieza roja y vierte en ella el mote o el muday calientes. Este entra luego en viva efervescencia por la temperatura misma del vaso. La alfarera vierte entonces agua fría en él y vuelve a colocarlo en medio del fuego. Pronto vuelve a hervir el líquido y a salir espumando, por la abertura. La ebullición del muday, del mote, del caldo y de la leche en las vasijas durante la cocción tiene por objeto hacerlas impermeables a los líquidos.

Las alfareras venden un cántaro bien hecho, de unos tres litros de capacidad, en un peso; los de diez a veinte litros en dos o tres y los grandes mencuches en cinco.

Los cántaros araucanos de mayor capacidad pueden contener hasta doscientos litros. Se los emplea para conservar el muday. En Temuco se los llama mencuhe, feihuen y kelihue en la región del Budi. Los mencuhe tienen la forma de un ovoide truncado que descansa sobre el polo agudo. Para asegurar su estabilidad se los acuña o se los asienta sobre una rosca. Del polo más dilatado se eleva el cuello cilíndrico de una sección suficiente para introducir la mano con una taza y retirarla llena de muday. El feihuen tiene la base más ancha, el cuello más corto y dilatado. El kelihue es un recipiente en forma de cono truncado que se asienta sobre la base menor y remata hacia arriba por una dilatada abertura circular. Es los jarrones presentan cierto parecido y resulta a veces difícil distinguir una forma de otra.

El muday que se conserva en ellos es una bebida fermentada que los mapuches preparan con hua, cachilla y cahuella, tres especies de cereales que nosotros conocemos con los nombres de maíz, trigo y avena respectivamente. El muday fabricado con hua o maíz es fuerte y embriagador si se lo toma con exceso, el de cachilla o trigo y el de cahuella o avena, son más dulces y no adquieren el grado alcohólico del anterior.

La preparación del muday comprende varias operaciones. Las mujeres se proveen de grandes bateas de madera, calientan agua en challas de greda o en ollas de fierro, echan el maíz en las bateas y vierten encima el agua caliente. Los granos se hinchan, la cáscara se desprende del almidón de modo que se puede separarlos por frotamiento. Las jóvenes suben en las bateas y pisan la mezcla con el agua tan caliente como la pueden soportar. Las películas más livianas de la masa central suben a la superficie del agua. Las botan inclinando las bateas. Después agregan nuevamente agua caliente y la operación sigue hasta que todo el maíz quede pelado y limpio.

Para la segunda fase de la preparación, las jóvenes tienden pellejos en el suelo, traen el cusi y el correspondiente ñumcusi y empiezan a moler el maíz resblandecido. Mientras aplastan los granos y los reducen a pasta sobre la piedra se llevan a la boca puñados de maíz, los mascan, los impregnan de saliva y escupen la masa pastosa resultante en una bolsita de cuero o en un cantarito especial. Durante la masticación la ptialina de la saliva actúa sobre el almidón del maíz como fermento y los transforma en glucosa fermentescible. Depositán el maíz molido en grandes bolsas de cuero llamadas tracal, o en jarrones de greda que contienen la cantidad de agua necesaria. Revuelven la mezcla constantemente para hacerla homogénea y le agregan la masa impregnada de saliva. Esta provoca la fermentación de la mezcla entera desde el primer día.

Los mapuches beben el muday recién preparado y lo conservan poco tiempo. Tiene un aspecto lechoso, abundantes grumos blanquecinos en suspensión y un sabor ligeramente picante desde los primeros días. Según el parecer de los indígenas es una bebida sana, refrescante y excelente para los enfermos.

Cuando disminuye la provisión de muday basta agregar al tracal o a los cántaros nuevas cantidades de maíz molido y agua caliente. Se revuelve la mezcla y la fermentación aparece sin renovar el fermento.

Si los fabricantes echan periódicamente maíz y agua al recipiente la producción es continua. La ptialina se

conserva indefinidamente y actúa en forma catalítica sobre grandes cantidades de licor.

En las reducciones de Maquehua suelen cocer el maíz en agua para pelarlo más fácilmente. La costumbre de masticar una porción para producir la fermentación tiende a desaparecer. Se emplea levadura o simplemente una pequeña cantidad de muday fermentado.

Los meshen son cántaros aovados que se asientan sobre una pequeña base discoidal y rematan en una abertura superior corta, cilíndrica o embudada que permite la introducción del brazo al interior. Están desprovistas de asa y aprisionados entre dos gruesas trenzas de voqui unidas paralelamente en la región superior e inferior. Mediante una faja o trenza resistente de lana amarrada en la armazón y aplicada en la frente o sobre el pecho, las araucanas se los llevan en las espaldas. Otras veces los cargan encima de la cabeza. Estos cántaros les sirven para traer cómodamente una gran cantidad de agua u otros líquidos. Los meshen son abundantes en la región del Budi.

Las challas son ollas de greda de base plana o redondeada, de vientre dilatado y de la boca circular, amplia con asas o pilun de formas y dimensiones variables. Algunas alfareras les agregan patas a imitación de las ollas de fierro. Las de fondo redondeado, poco estables, se acuñan con piedras o se asientan en cavidades apropiadas. Las challas sirven para cocer los alimentos, tostar el trigo y los cereales, preparar las tintas y teñir los tejidos.

Los metahue son cántaros ordinarios de formas y dimensiones variables. La palabra metahue es general y se aplica a todos los cántaros indistintamente, cuando no es precisa. Se reserva a los chicos el nombre de pichi metahue. Sin embargo, casi todas las formas bien caracterizadas tienen su denominación propia.

Los quetro o patu metabue son parecidos al cuerpo de un pato con rudimentos de alas y cola. La cabeza está reemplazada por una abertura cilíndrica. El trefel metahue se asemeja al cuerpo de un pájaro echado, con apéndices cerca del asa. Una reducción de esta forma se llama huilquiñ en algunas reducciones.

Las alfareras han fabricado cántaros de formas muy apreciadas de los araucanos, tales son los huishuis de dos vientres unidos, los quintahuen que tienen dos cuellos con las aberturas correspondientes, los epumetahue, combinación de dos vasos sobrepuestos, de forma cilindro circular con cabeza de ave, asa y embudo. Las recientes creaciones de la cerámica araucana son imitaciones de animales domésticos. Las mejores alfareras fabrican achawal metawe, trewa metahue, kawellu metahue y sañwe metahue, cántaros parecidos a gallinas, perros, caballos y cerdos respectivamente. Estas piezas modernas de factura elegante, de técnica complicada, son conservadas en las rucas más bien como artículos de lujo que como objetos usuales. He conseguido en Tranapunte un cántaro araucano con incrustaciones parietales de pequeños fragmentos de porcelana dispuestos en cruz Y de escaso efecto decorativo.

Entre las otras vasijas merecen una mención especial los lupe, platos hondos, de fondo plano y de bordes circulares levantados como embudo. Suelen tener una capacidad de varios litros. Sirven para depositar la comida, para tostar pequeñas cantidades de trigo o de lino. Van generalmente adornados con un par de mas en los costados. Son comunes en las reducciones del Budi.

Las chifeñ y chiculla son fuentes circulares parecidas a los lupe, pero más planos y desprovistas de asa. Los llicampi son pequeñas tasas sin asa usadas en Lanalhue. A estos objetos de greda se pueden agregar los chinqued, discos planos o biconvexos perforados en el centro, que se adaptan al uso araucano para asegurar su posición vertical y regularizar como un pequeño volante el movimiento giratorio, las quitras o cachimbas para fumar, escasas hoy en las rucas, pero comunes entre los antiguos araucanos y de formas tan diversas.



Fig. 6. última fase de la confección de un cántaro.

La alfarería araucana, aunque sin decoración, no deja de llamar la atención por sus forma, elegantes y variadas, la calidad de la greda y la buena cocción de las piezas. Por otra parte, las producciones de los actuales alfareros araucanos son inferiores a la de los primitivos habitantes de Araucanía, que fabricaron hermosos vasos y cántaros pintados y decorados, que de vez en cuando e descubren en las antiguas sepulturas al practicar cortes en el suelo.

ARTEFACTOS DE MADERA

Los araucanos escogen las mejores maderas para fabricar sus muebles. El raulí (*Nothofagus procera*), el pellín (*Nothofagus obliqua*), el laurel (*Laurelia aromática*), el lingue (*Persea lingue*) son preferidos a otras especies a no ser que éstas presenten especiales propiedades para la confección de tal o cual objeto. Así sucede con la luma (*Myrtus luma*) notable por su dureza y empleada por esta razón para mangos de herramientas, para palas destinadas a cavar el suelo y para bolas de chueca; lo mismo acontece con el colihue (*Chusquea cummingii*) arbusto largo, derecho, flexible y resistente, empleado con tanta frecuencia. Los artesanos o curiosos derriban los troncos con hacha de metal y los elaboran inmediatamente. Hacen un uso muy restringido de la sierra, instrumento demasiado moderno para ellos. Con hachazos esbozan la forma de los muebles en los troncos y los obtienen de una sola pieza, macizos y con la superficie marcada de golpes. Pocas veces se sirven de clavos para unir las partes de un aparato. A pesar de su aspecto primitivo y rústico, los artefactos de madera no carecen de mérito artístico. Los hay de formas originales que exteriorizan claramente el pensamiento del constructor.

Los muebles y objetos de los araucanos diferentes de los nuestros, corresponden a las necesidades de su vida espartana. Entre ellos no figuran las mesas, los armarios y los comodines, muebles considerados indispensables en las casas más modestas, pero sí otros de poca apariencia, cuyo inventario me ha dado unas cuarenta especies, aplicados a usos distintos. Los más sencillos son fabricados por cualquiera persona, mientras los complicados son de la competencia de los curiosos conocedores de las técnicas especiales. Los primeros forman un grupo de artefactos trabajados con el hacha exteriormente u obtenidos con varillas libres y atadas en su aspecto natural; los otros, aunque de una sola pieza, son perforados o excavados con herramientas apropiadas llamadas maichiwe y coipu.

Uno de los muebles que más admiración causa a los turistas admitidos en la ruca es la cama, verdadero lecho de penitente, denominado cahuitu por los mapuches. El cahuitu consta de cuatro postes ahorquillados que sostienen dos palos paralelos y horizontales a unos cincuenta metros encima del suelo. Esta armazón rústica hace las veces de catre. Algunas varillas o tablas atravesadas sobre los palos horizontales constituyen el sommier. Los antiguos gastaban menos lujo todavía. Extendían en el suelo un

pellejo o una estera de paja y colocaban una piedra o un tronco de madera debajo de su cabeza. Esta práctica subsiste en las rucas donde la familia es numerosa y las camas pocas. Los catres artísticos de patas cuadrangulares o cilindro cónicas con algunas molduras son denominados ancoilcahuitu. Las tablas atravesadas suelen ir cubiertas con el tripin. Esta estera de paja arrollada en cilindro sirve de almohada y reemplaza al metrel mamell. El metrel es la almohada, cualquiera que sea la materia usada en su confección. A falta de tripin los indígenas extienden un pellejo, un pontro o un lama sobre el cahuitu y conservan el metrel mamell para apoyar su cabeza. Acostados cubren su cuerpo con el pontro, amplio y grueso tejido de lana adornado con fajas longitudinales multicolores. El tripin, el pontro y el pellejo reciben el nombre de nectantu o ropa de cama.

En este lecho duro y de aspecto miserable, el araucano descansa por la noche de sus largas correrías, se sienta de día para conversar y tomar sus comidas, se tiende resignado cuando enferma y en él muere, si no expira en el suelo, sin pensar y sin saber lo que es recostarse muellemente.

El metrel, que sirve de almohada, es un tronco cilíndrico o ligeramente cuadrangular de cuarenta a sesenta centímetros de largo con un diámetro de diez a veinte.

El cupelhue, cuna vertical para los niños, se compone de una armazón rígida de madera y de una envoltura flexible de tejido. La armazón consta de los largueros paralelos aplicados de canto sobre tabletas transversales que forman respaldo. Cada tableta tiene las extremidades perforadas frente a dos aberturitas correspondientes en los largueros y se halla fuertemente amarrada a éstos con pequeñas correas o tiras de lana. La extremidad inferior de los largueros está cortada de bisel para implantar el cupelhue en el suelo con facilidad y la superior unida por un cordel resistente para colgarlo. La parte flexible se compone de una faja de tejido dispuesta en forma de U con el borde posterior fuertemente amarrado entre las tablas transversales y cada larguero: la curva originada por la faja en la región inferior, es aprovechada para afirmar los pies de la guagua. El borde libre y flotante lleva aberturas por las cuales pasa una trenza alternativamente a uno y otro lado, lo que permite cerrar adelante la parte flexible del cupelhue.

El largo habitual de esta cuna es de sesenta a noventa centímetros por un ancho de veinte a treinta. Algunos ejemplares presentan los más raros decorados con dibujos de cabezas humanas o animales.

En la mayoría de las rucas donde tienen hijos pequeños los indígenas usan el cupelhue. Desde algunos años han dejado la costumbre de traerlos a la ciudad en sus espaldas. Es preciso ir a las reducciones para ver a las mapuches andar presurosas con la faja aplicada contra la frente o en el pecho, la cabeza inclinada llevando su preciosa carga. La guagua envuelta en algunos pañales se halla de pie fajada y resguardada hasta la altura del cuello, mirando el camino andado. Para protegerla contra las asperezas del respaldo, la madre forra éste con un pellejo de oveja. La defiende contra la lluvia y los rayos del sol con una cortina tendida encima de la cabeza y sujeta de un arco.

Llegada al campo la madre planta el cupelhue en el suelo cerca de donde trabaja y el niño la sigue con la vista cómodamente, o bien lo suspende a un poste o de la rama de un arbusto desde donde el pequeñuelo domina el horizonte, mecido suavemente por la brisa. De regreso a casa lo toma en sus rodillas y lo alimenta sin sacarle de la cuna.

El uso del cupelhue parece tener una influencia benéfica sobre el desarrollo físico de los indígenas. La posición vertical prolongada durante los primeros meses de la existencia, en este amplio molde rígido en la espalda y flexible en la parte delantera, mantiene el cuerpo derecho, le permite ensancharse libremente y le da este aspecto bien proporcionado y robusto que les ha merecido figurar entre los tipos humanos mejor constituidos.

El quil quil o quim quim, aparato ingenioso y sencillo para enseñar a andar a los niños, se compone de dos varas paralelas de colihue sostenidas por cuatro estacas de la misma planta. Sea en la ruca, sea afuera cuando hace buen tiempo, se plantan en el suelo plano dos estacas de medio metro de alto y distantes unos treinta centímetros en frente, y a tres o cuatro metros de distancia, se plantan otros dos de la misma altura. A éstos se amarran en posición hori-

zontal y paralela dos tallos de colihue de longitud suficiente y cuidadosamente deshojados de modo que su altura permita a la guagua sujetarse cómodamente con las manos. Cada extremidad del largo cuadrilátero se cierra con una varilla de cuarenta centímetros de largo. La madre introduce a su pequeñuelo entre las paralelas y se aleja delante de él a la extremidad opuesta. El niño se sostiene de pie afirmando las manos sobre las barras y se lanza luego a caminar tímido, pero sin los largos y habituales tropiezos de los primeros pasos. Llegado ya cerca de su madre, ella lo acaricia y se aleja otra vez al otro extremo del aparato. El niño da media vuelta, cambia sus manos de barra y emprende el regreso al punto de partida. En pocas semanas de este diario ejercicio el niño fortalece al mismo tiempo sus piernas al andar y sus brazos al apoyarse. Luego, para él como para la madre, las idas y vueltas a lo largo del quil quil se vuelven un juego entretenido. Alegrementemente los hermanitos mayores reemplazan en esta tarea a la madre ocupada.

El colihue (*Chusquea cumingii*) es una de las plantas más usadas por los araucanos. Por su tallo largo, derecho, cilíndrico y liso, liviano y resistente, rígido y elástico, se presta a un empleo inmediato mejor que las otras especies en la confección de aparatos sencillos. Con los nombres de reñi, fen y waiki sirven como lanzas los más hermosos tallos de cuatro a cinco metros de largo. Se les agrega una punta de fierro o de piedra para hacerlos más penetrantes. Los mocetones se ejercitaron en el manejo de estas temibles armas para los adversarios en las guerras de la conquista y en las batallas de la pacificación. El reñi puntiagudo es también un instrumento de pesca. Inmóvil en la orilla de un río, sentado sobre un puente, o de pie en la proa de un bote, el mapuche, con el reñi levantado, observa el movimiento de los grandes peces en el seno del agua transparente y clava la punta en el cuerpo, con la rapidez de una flecha, al ejemplar que más queda a su alcance. Con facilidad extrae el pez atravesado o herido por medio del mismo aparato. Los modernos reñis, que llevan en una extremidad un tridente de fierro armado de ganchos, hacen la pesca más segura. Los peces quedan siempre lastimados e impropios para la venta, salvo entre indígenas, al tanto del modo de pescar.

El reñifeu es una varilla de colihue usada por las tejedoras para cortar el catrecanfen, hebras de lana hilada destinada a los chañuntuco, tejidos conocidos entre los chilenos con el nombre de choapinos. El reñifeu, largo de medio metro, tiene una pequeña canal longitudinal en la superficie. La tejedora enrosca encima del palito espiras continuas de lana sobre una longitud de veinte a treinta centímetros y las corta atravesadas al pasar un cuchillo por la canal superficial. Con este sencillo procedimiento obtiene numerosos segmentos de hilo de igual longitud en poco tiempo.

El coliu, huso de las indígenas, se compone en su forma más sencilla de una varilla giratoria de colihue a la cual se agrega el chinqued, piedra discoidal perforada o tortera de greda de forma parecida para iniciar el hilado. La operación sigue después en buena forma desde que el peso del hilo arrollado es suficiente para entretener un movimiento de rotación prolongado y regular por efecto de cada impulso.

El aspahue es otro aparato fabricado con varillas de colihue y usado por las tejedoras para poner en madeja la lana hilada. Se compone de una vara gruesa como el dedo pulgar y de unos sesenta centímetros de largo, perforada a corta distancia de las extremidades y con una varilla del grueso de un lápiz en cada abertura, formando el conjunto dos cruces perpendiculares una para con otra. La tejedora sujeta entre el pulgar y el índice del pie el huso cargado de hilo, lo devana y lo aplica en forma continua sobre el aspahue hasta conseguir la madeja.

El comihue, aguja de colihue para techar, tiene un largo de cuarenta a cincuenta centímetros y un grueso proporcionado para resistir el empuje y la tracción de los trabajadores. Lleva un ojal para introducir y arrastrar la soga de junco en medio de la quena y sujetarla contra los huimeill o ramas transversales de colihue.

El kude es un palo de colihue seco usado como antorcha para alumbrar la ruca de noche. Se lo toma de un metro y medio de largo bien inflamado por una extremidad y se lo implanta por la otra en el techo interior. Si el palo está bien seco arde lentamente sin apagarse durante cerca de una hora, y produce una llama que alumbraba tanto como la de varias velas. El kude se acorta durante la combustión y la llama se aproxima al

techo combustible al cual podría prender fuego. Se lo sustituye a tiempo por otro para evitar este grave inconveniente, o se lo sujeta contra uno de los horcones centrales. Antes de la introducción de los fósforos, los antiguos araucanos producían el fuego al frotar palos secos de colihue.

El costihue, simple palo, figura en todas las rucas como aparato para remover los alimentos en la olla durante el cocimiento. El tranai es un palo más grueso que el anterior; sirve para desgranar los porotos, las arvejas y los cereales, descargándole fuertemente sobre un montón de legumbre y espigas maduras.

Del quipaihue, gancho resistente amarrado contra el cuicui o contra los horcones, cuelgan las riendas, los lazos y otros arreos.

El catrem mamell, segmento de tronco macizo ordinariamente de pellín, llamado choco entre los chilenos, es utilizado para cortar la carne y preparar el charqui.

El trepuhe, varilla derecha de treinta a cuarenta centímetros de largo, sirve para golpear los tejidos, los pellejos, los tambores de machi y también los niños indóciles.

El huiral o telar, araucano que describí en detalle en el estudio sobre los tejidos araucanos, se compone de un marco rectangular formado por cuatro palos rígidos que se cruzan a ángulo recto. Están sólidamente amarrados en los cruces, con lianas de voqui, cuerdas de junco o tiras de tejido. Los dos palos más largos soportan el peso del telar apoyados por su extremidad gruesa en el suelo y por la otra contra el techo de la ruca. Estos sostenes paralelos son los huicha huichahue. Los dos palos atravesados, uno en la parte superior, otro en la inferior, labrados con cuidado y destinados a recibir el hilo, son los quilvos o colohe.

Algunas varillas importantes completan el telar: los reñiñelhue hacia la región media, separan como barras paralelas los hilos de urdimbre. Los paromtononhue anexos y paralelos a los huicha huichahue, el tonon para levantar los hilos de urdimbre y el ñerehue que comprime los de trama a cada vuelta. Las indicaciones acerca del manejo del telar apuntadas en Los Tejidos Araucanos me dispensan de hablar nuevamente al respecto.

Para el juego de la chueca, denominado por ellos palín, los indígenas usan el Weño, palo encorvado en la extremidad más gruesa, para que pueda pesar raspando el suelo al dar un golpe, y el pali, bola como la de billar y fabricada de luma, madera muy dura. Los Domingos y días festivos los mapuches se reúnen en las canchas de chueca situadas en las lomas y planicies incultas, rodeadas de quilas, hualles y canelos. El sonido de la trutruca o el del cuerno anuncia a los jugadores la formación de los bandos. Los atrasados abandonan sus casas y se dirigen rápidamente al emplazamiento señalado. Los límites reglamentarios de la cancha están trazados

en el suelo. Es un rectángulo de doscientos metros de largo por diez de ancho. El punto central está señalado por una pequeña cavidad donde colocan la bola. Dos estacas indican las puertas en cada extremidad.

Los dos partidos tienen igual número de jugadores alineados frente a frente con los jefes frente a la bola. Procuran hacer salir la bola por entre las estacas terminales situadas a su lado izquierdo mientras los contrarios se oponen. En medio de una gran gritería, los jefes inician el partido ensayando con sus palos de sacar la bola del hoyo y de enviarla a favor de su lado. Tan luego como sale, los jugadores vecinos le aplican golpes con toda la fuerza de sus robustos brazos y la hacen zumbir en dirección a una de las puertas. Entonces los partidarios le dan nuevos impulsos y los contrarios la desvían hacia los costados. Si éstos aciertan en desviarla, la colocan de nuevo en el hoyo y los jugadores vuelven a tomar sus posiciones iniciales. Uno de los jefes arranca la bola del hoyo, la levanta por el aire; los buenos jugadores la cogen al vuelo con sus palos y la disparan con fuerza hacia una de las puertas, y todos la siguen a la carrera. Un adversario la alcanza y de un golpe certero la lanza en dirección opuesta. Los jugadores dan media vuelta y la persiguen, unos para detenerla y otros para encaminarla a la puerta. Si consiguen hacerla salir, marcan una raya. Si los de un bando logran cuatro rayas contra cero, o cuatro demás que los adversarios, ganan la partida. Los mapuches de Maquehua, los de Licanco, Llaupeco y Truf Truf suelen apostar un peso cada uno antes del juego.

Hasta el anochecer los dos bandos se entregan con animación para marcar las rayas acordadas y llevarse las apuestas. Cuando los jugadores llegan a veinte por lado parecen molestarse unos a otros. La angostura de la cancha, la precipitación de los participantes, el desprecio de los golpes los hace atropellarse y los expone a recibir heridas graves. Cuando la bola llega con fuerza contra las piernas o la cabeza de un jugador, los otros, lejos de tenerle lástima se ríen de su torpeza. El desgraciado se ríe también y parece sufrir menos del golpe recibido que de las burlas de sus compañeros.

Los araucanos de Villarrica y de las reducciones cordilleranas se disfrazan y protegen la cara con máscaras de madera en los grandes partidos regionales que celebran periódicamente. Dan el nombre de collón a estas máscaras de aspecto terrorífico.

La fabricación del collón, así como la de los artefactos que vienen a continuación, requieren la habilidad de un curioso y el empleo de herramientas apropiadas para excavar y perforar. Las dos principales son el maichiwe y el coipu.

El maichiwe, parecido a una pequeña azuela, consta de un mango de madera, de una lámina de acero y de una correa para unir sólidamente las dos piezas anteriores. El mango, de unos cuarenta centímetros de largo, lleva en la extremidad más gruesa un gancho en cuya cara exterior se aplica la planchita metálica. La lámina de acero carece de ojo para introducir el mango, pero, en cambio, se alarga en uña aplicable contra el gancho aplanado. Se aprietan fuertemente las dos piezas una contra otra sobre un largo de cinco a diez centímetros. La correa une también el gancho con el mango con algunas vueltas apretadas. La hoja metálica puede ser plana y tener el filo rectilíneo o tomar forma semicilíndrica parecida a una gubia. Ambas formas de maichiwe son necesarias en la confección de objetos cóncavos.

El coipu es una lámina de acero puntiaguda, con dos filos cortantes y encorvada en gancho. Los bordes cortantes tienen distinto radio de curvatura, de modo que uno puede excavar vasijas menores y el otro mayores. El curioso ase esta herramienta con la mano en la parte desprovista del hilo y raspa la madera con las curvas cortantes. Tanto los maichiwe como los coipu se afilan con limas y piedras alargadas.

El collón usado por los araucanos de Villarrica y regiones cordilleranas en los solemnes desafíos de chueca, se conserva también en las reducciones del valle central y de la costa como objeto raro y antiguo, bueno solamente para infundir miedo a los niños. Anualmente los indígenas traen algunos ejemplares en depósito a las casas prestamistas de Temuco, los que son arrebatados inmediatamente por los turistas. Son escasos en las reducciones de Maquehua, Truftruf, Licanco y Llaupeco, próximas a Temuco. He examinado unos veinte collones de distinta procedencia. Todos representan la cara humana con la nariz y las cejas en relieve, las órbitas y la boca perforadas. Los ejemplares con orejas no son comunes. Los hay calvos e imberbes, desprovistos de adorno, mientras otros ostentan una cabellera flotante o erguida, cejas, bigotes y barba fabricados con crines de caballo mantenidas en sus respectivos puestos por pequeñas ataduras y aberturas. Los más lujosos llevan adornos de plata en la frente a modo de trarilonco, cintas envolventes tachonadas de cupulitas brillantes y amplios chahuay pendientes de los costados, a mayor altura que los ojos. Estos ejemplares de moda en las reducciones, que los utilizan en los juegos de chueca, son de un precio naturalmente muy superior a los de las formas simples. Una máscara sencilla puede obtenerse en diez pesos; los collones adornados con bigotes y barba valen el doble y los que traen adornos de plata llegan fácilmente a cien pesos.

La superficie de algunos collones es lisa, raspada con vidrio y frotada con lija, y la de otros es irregular y marcada con tajos. Las aberturas de las órbitas son rectangulares, cuadradas u ovaladas, lo mismo que la boca. Sin embargo, en algunos tipos ésta se presenta arqueada, muy abierta o con los labios apretados. Unos pocos tienen cachimbas de madera anilladas con plata, cuyo tubo de aspiración se ajusta con la abertura bucal.

Al fabricar el collón, el curioso no labra solamente la cara anterior sino también la posterior, para aplicarla cómodamente sobre la del jugador sin aplastarle la nariz. Los puntos de apoyo son especialmente la frente, la barba, los pómulos y la nariz. Las aberturas de las órbitas coinciden con los ojos del enmascarado. De los

costados del collón penden pequeñas fajas de tejido, tiras de cuero y simples cordeles que se anudan detrás de la cabeza para sujetarlo. Sólidamente aplicado contra la cara con estas amarras, el jugador atenúa el rozamiento contra la piel en los puntos de contacto y estabiliza las aberturas visuales frente a los ojos.

El collón da a los jugadores de chueca un aspecto fantástico altamente apreciado por los espectadores indígenas.

Durante el juego los collones se ladean siempre un poco a pesar del dispositivo adoptado, los jugadores distinguen imperfectamente la bola y tropiezan con sus partidarios tanto como con sus adversarios, multiplican los saltos, los choques y los atropellos alcanzan fácilmente grandes proporciones.

La trutruca, instrumento musical preferido de los araucanos, se compone de una caña hueca de colihue que alcanza a cuatro o cinco metros de largo. La extremidad delgada del tubo, cortada de bisel, sirve de boca y la gruesa se adapta a un cuerno de buey.

Los fabricantes de trutruca escogen los hermosos tallos de colihue bien derechos, los dejan secar a la sombra, los remojan después durante algunos días y los parten longitudinalmente en dos mitades iguales.

Con un coipu de reducido radio de curvatura raspan la médula de la caña y acanalan cada mitad dejando intacta la región cortical más dura. El curioso aplica enseguida las dos mitades una contra otra y las ajusta, enrosca alrededor un cordel resistente y tirante dando a la caña su aspecto primitivo. Para impedir todo escape lateral posible de aire y consolidar mejor el tubo, el fabricante le enrosca el intestino delgado de un caballo recién muerto. El intestino lavado forma una envoltura doble y continua que, al secarse, adquiere transparencia, adhiere fuertemente contra la caña y parece formar cuerpo con ella. Quince días después de terminada la trutruca puede ser usada para tocar. El instrumento bien hecho se vende en veinte pesos.

El trutrukatunkamañ, artista que toca el instrumento, necesita buenos pulmones. Para tocar, apoya el cuerno terminal en el suelo, sujeta con ambas manos el extremo delgado de la caña, sopla con fuerza y produce un sonido grave y lúgubre que se oye a mucha distancia. El sonido monótono y triste de la trutruca ameniza todas las asambleas y fiestas araucanas. Si las reuniones son de gran importancia, acuden varios músicos para tocar por turno o al mismo tiempo. Mientras los trutrukatunkamañ soplan, las venas de la frente se les dilatan, su cara se congestiona y adquiere luego un tinte morado.

Los araucanos de Lanalhue tocan trutruca de metal. Una cañería de gas o de agua potable con un cuerno terminal constituyen su aparato. Algunos músicos conservan la cañería derecha mientras otros la enroscan en círculo, lo que permite tocarlas andando, apoyadas en el hombro. El instrumento largo y derecho requiere el estacionamiento mientras se toca, a no ser que un ayudante lleve una extremidad.

Las pifilcas, instrumentos musicales de pequeñas dimensiones, tocadas durante los bailes y fiestas araucanas, son tubos cerrados de veinte a cuarenta

centímetros de largo, practicados en un pequeño cilindro de madera. El aparato, siempre de aspecto sencillo, se presenta a veces aplanado y con dos lóbulos laterales perforados por los cuales pasa un cordón suspensor. Se hace el tubo quemando la madera con una barra cilíndrica de metal, calentada al rojo. El sonido de la pifilca es parecido al de una flauta. Para tocarla se aplica la abertura al borde del labio inferior, manteniendo con las manos el aparato vertical y se sopla con mayor o menor intensidad según la nota que se quiera producir. Los músicos suelen tocar dos notas intermitentes y acompasadas, la primera aguda y la segunda grave. Estas determinan la cadencia del baile. La pifilca de madera es un instrumento común y barato. Se le puede conseguir por dos o tres pesos en las rucas. El cultrun, tambor de los machi, se compone de una caja sonora de madera y de una membrana vibrante de cuero. La caja sonora, llamada ralicultrum o maukauhe, tiene la forma de un cono truncado de bases circulares, labrado exteriormente con hacha y excavado cuidadosamente al interior con maichiwe, dejando las paredes con igual espesor en toda la periferia. Este cono ahuecado se parece a un gran plato hondo o a una batea de paredes delgadas. La membrana vibrante es una piel de oveja previamente raspada que obtura la abertura de la caja. Se le imprime la tensión conveniente con un sistema de cuerdas entrelazadas sobre los costados. Las tiras de cuero enroscadas y las trenzas de crines de caballo se emplean para este fin. Una manilla de cuero permite

sujetar el cultrun por la parte troncada. Las machi dibujan, sobre la membrana, con sangre de animales o tintas rojas, signos simbólicos.

Ordinariamente consisten éstos en dos pares de líneas paralelas que se cruzan en el medio, formando ángulos rectos. En los cuadrantes laterales dibujan un anillo del cual irradian ocho motivos decorativos en forma de T. El cultrun tiene un aparato auxiliar indispensable, el trepucultrunhue o varilla forrada en una de sus extremidades, para golpear la membrana vibrante. El sonido del cultrun se oye desde varios kilómetros de distancia. La resonancia aumenta con el grado de tensión de la membrana y disminuye con el estado higrométrico de las piezas. Cuando se halla húmedo, la machi lo calienta sobre las brasas hasta hacerle recobrar su sonoridad habitual. Lo lava cuidadosamente y lo seca a punto la víspera de las grandes ceremonias.

Algunos machi tienen un tipo de cultrun diferente del anterior y de forma parecida a la del tambor: es el caquelcultrun, compuesto de un tronco cilíndrico excavado interiormente, cuyas aberturas se hallan obturadas una y otra por una piel de oveja o de vaquilla. Se les imprime la tensión necesaria como en el tipo anterior por un sistema de cuerdas laterales entrelazadas y tirantes. Esta forma se toca por ambos lados. Los machi introducen al interior piedrecitas blancas o arvejas que producen una verdadera sonajera al sacudirlas.

La huasa usada por algunos machi de Temuco, es una calabacita hueca a la cual han adaptado un mango de madera. En ella también introducen piedrecitas para producir el sonido.

El cultrun y la huasa son instrumentos rituales reservados a los machi. Los usan en las ceremonias de machitún, rehuétun, nguillatun, ñecurehuen y entierros. No los entregan a los profanos durante su vida. Sólo se pueden conseguir ejemplares cuando fallecen los dueños. El valor aproximado de estas interesantes piezas etnológicas es de cien pesos.

Los rali son escudillas de madera de forma hemisférica, labradas con esmero por los curiosos, con pequeños maichiwe y coipu. Algunos ejemplares llevan patas cónicas. Por su factura acabada, los rali parecen haber sido fabricados al torno. Los indígenas comen en ellos el mote, la harina tostada y otros alimentos.

Los ruhe, parecidos a los rali, tienen el fondo más espeso y plano y sirven para los mismos fines. El tronco es una fuente hemisférica de mayores dimensiones que los rali, desprovista de asa y usada para preparar las comidas. Los curiosos venden estos artículos en dos o tres pesos. El huitri, llamado en varias reducciones refuhe, es un cucharón de mango largo y derecho usado en la preparación del mote para llenar con alimentos líquidos los rali y tronco. El recipiente terminal de los huitri es de forma y capacidad muy variables. Los indígenas compran este artefacto a los curiosos en un peso. Es común en todas las rucas.

Las bateas son recipientes grandes y macizos labrados en troncos de pellín o laurel. Su nombre castellano sin correspondiente araucano indica que fueron imitados de los españoles. Con un tronco de ochenta centímetros a un metro de diámetro, los curiosos fabrican bateas de ciento a ciento cincuenta litros de capacidad. Les dan generalmente la forma de un cono truncado sentado sobre la base menor y excavado desde la mayor hacia la primera. Los contornos exteriores se labran con hacha tomando precauciones para no dar en falso. Reservan en los costados dos asas salientes y perforadas cuyo largo indica el espesor de la madera desbastada. El interior se labra con maichiwe de grandes dimensiones. El curioso desaloja con golpes certeros la masa de madera central, dejando a las paredes circulares un espesor regular de cinco a diez centímetros. La confección de una batea requiere varios días de constante trabajo. Los mapuches aprecian mucho estas vasijas y las pagan hasta en cuarenta pesos. Las bateas están destinadas a usos múltiples: en ellas se remojan el trigo y el maíz, se deja fermentar el muday, se lava la ropa, se amasa el pan y se conservan las semillas.

Las palanganas de madera usadas en todas las rucas fueron también introducidas por los españoles. Tienen la forma habitual de las fuentes metálicas del mismo nombre. Están provistas de asas rígidas en los extremos. La fabricación de estas vasijas es parecida a la de las bateas. Se las emplea en trabajos similares,

especialmente para amasar el pan.

Los chahuel, cajonfel o baúles primitivos, son grandes recipientes de una sola pieza que presentan cierta semejanza con las bateas. Son cilíndricos, sentados sobre su extremidad llena y excavadas por la otra hasta cierta profundidad o son bloques cuadrangulares tendidos en un costado y excavados por el lado opuesto con el maichiwe. Estos cofres pesados sirven para guardar las prendas de ropa, los documentos, los objetos menudos y ocasionalmente las semillas. Los baúles modernos son fabricados a modo de cajones con tablas clavadas.

Los barriles no faltan en las rucas, pero no son fabricados por los araucanos. Estos los compran por el pequeño costo, la gran capacidad, y el fácil manejo de tales recipientes. Los utilizan para conservar los cereales.

Los tranatrapihue de madera, morteros para la sal y el ají, tienen formas más esbeltas y variadas que los de piedra. Los hay bajos y sencillos labrados en bloques cuadrangulares o en gruesos discos. Se los halla combinados en un mismo bloque con el catrem para cortar la carne. En este caso una de las caras está excavada para moler y una o dos de las laterales transformadas en planos de apoyo para cortar la carne y las hierbas alimenticias.

Los mapuches del Budi los tienen columniformes y elevados con asas o mangos y con la cavidad del mortero tachonada de clavos. Los curiosos los labran en troncos cilíndricos de treinta centímetros de diámetro por cincuenta a ochenta de alto. Les dejan una ancha base discoidal de sustentación para asegurar la estabilidad, estrangulan la región media en clepsidra y reservan el asa lateral para unir las dos expansiones terminales. Estos tipos de forma simétrica se venden en diez pesos. Otra variedad común consiste en un tronco cilíndrico terminado en ambas extremidades en discos macizos, uno de sustentación y el otro excavado en copa. El curioso respeta una lengüeta de madera cortical como asa desde el borde del mortero hasta la región media del pie. Merece una mención la variedad parecida a cacerola compuesta de un grueso disco excavado en una de sus caras planas y provisto de un mango derecho y cilíndrico. Los morteros de madera se desgastan rápidamente por el frotamiento majadero. Para evitar este inconveniente y tener puntos de resistencia los curiosos implantan clavos en las paredes de las cavidades.

Los huancu, asientos de una sola pieza llamados también anutuhe, figuran junto con los tranatrapihue columniformes entre los muebles más característicos de las viviendas araucanas. Para su fabricación los curiosos transforman gruesos troncos en asientos más o menos elegantes, relativamente livianos y manejables. Se componen de una superficie superior plana o ligeramente cóncava suficiente para sentarse y de patas o costados apoyados en el suelo. Dibujé en Truf Truf un ejemplar para niño, con asiento algo cóncavo prolongado y engrosado en los extremos y sostenido por dos costados longitudinales delgados separados uno de otro por una distancia máxima al tocar el suelo. El curioso tuvo que acanalar con maichiwe todo el espacio comprendido entre los dos costados de sostén. El asiento desborda en toda la periferia. Un ejemplar de Maquehua, parecido al anterior, presenta los costados interrumpidos por un vacío central de modo que el asiento descansa sobre cuatro patas planas y oblicuas. De Licanco conseguí una forma de amplio asiento equilibrado sobre dos patas costales con su mayor dimensión en el sentido longitudinal y con un ensanchamiento de apoyo en contacto con el suelo tan largo como la parte superior. Al visitar una ruca de Lumaco examiné otra variedad de forma semicilíndrica. El fabricante partió longitudinalmente el tronco de un hualle (*Nothofagus obliqua*), le sacó el corazón, lo tronchó transversalmente del largo de un asiento, le aplanó la región cortical y le recortó en los costados un arco central. Este huancu vetusto es como una transición entre los troncos en bruto acostados, usados como asientos y los actuales elaborados con madera descortezada. Cerca de Temuco, en la reducción de Llaupeco, hallé un ejemplar con un pie central dilatado hacia arriba en espeso asiento cóncavo y prolongado hacia abajo en masa cónica de apoyo. La reducción de Licanco me ofreció otra forma pequeña de asiento cóncavo con los bordes redondeados apoyados en cuatro patas abiertas y menudas. Es uno de los ejemplares más livianos que he observado.

Los huancu tienden a desaparecer con la adopción de las sillas y de los bancos con tablas clavadas. Los ejemplares existentes no son escasos y como estos originales muebles son durables podrán conservarse si no se los destruye intencionalmente. El precio de un huancu fluctúa entre tres y cinco pesos. Los indígenas no los venden fácilmente y los curiosos ya no los fabrican, o por escasez de madera o por el excesivo trabajo que exigen, así como también por los peligros de echarlos a perder con cualquier golpe mal dado cuando están a punto de terminarlos.

Además de los muebles y objetos descritos aparecen otros artefactos de madera en las rucas si no en forma habitual cuando menos ocasional, tales son los cuchillos de palo llevados por los curiches o acompañantes de las machi, los kawellu mamell empleados por los mismos en los bailes rituales, los rehues o escaleras de los machi, los dimuñ, arados primitivos, los huampu y trolof, ataúdes macizos labrados en los troncos de pellín, los chemanlayi, retratos de los muertos, plantados sobre las sepulturas, llamados chemamell o gente de madera en ciertas reducciones, las carretas con sus ruedas de una sola pieza. Estos artefactos han sido descritos en Las Ceremonias Araucanas o lo serán al hablar de las sepulturas araucanas y de las faenas del campo.



Fig. 7. Llepu y puqueil.

LA CESTERÍA

Las mujeres araucanas han alcanzado en la fabricación de artefactos de mimbre y similares un grado de perfección no superado en los otros pueblos. Saben tejer hermosas y finas redes de notable solidez, canastos resistentes y de formas variadas, extensas y compactas, conchas circulares de mimbre que les sirven para aventar el grano. Como materiales emplean los tallos volubles de las plantas enredaderas: el voqui blanco (*Cissus striatus*) y (*Lardizabala biternata*), el coral (*Luzuriaga radicans*), el copihue (*Lapageria rosea*), el chupón o ñocha (*Bromelia sphacelata*) y materiales de relleno: el colihue (*Chusquea cummingii*), el coirón (*Andropogón argenteus* y *Nasella chilensis*), la curagüilla (*Holcus halapensis*), la mostaza (*Sinapis nigra*), la paja de trigo, avena y cereales comunes. Los artefactos elaborados con estas plantas son los quelcos, chaihue y chine, canastos de técnica parecida, los llepu, paqueil y loñho que sólo difieren de forma, los pilua, petrihue, colahue y huilall de estructura semejante, los chalma, llapín y metrel, especies de esteras y los lepüwe y rena, escobas y peines respectivamente.

Los quelcos son canastos circulares, casi hemisféricos más o menos hondos. Están fabricados con voqui

blanco o con colihue. Las cesteras recogen los tallos volubles, los enrollan, los dejan secarse algunas semanas y los sumergen en agua por pocos días. Se descortezan más fácilmente entonces y adquieren la flexibilidad necesaria para el enlazamiento. Sentadas sobre una estera o un huancu con los rollos de tallos volubles a su alcance inician el quelco por el fondo. Toman cuatro tallos en cada mano, los cruzan y los sujetan así dispuestos entre los dedos mientras con la derecha enroscan otro tallo haciéndolo pasar encima y debajo de los cruzados para enlazarlos. A la segunda vuelta separan los tallos radiales de a dos al enroscar en espiral al de enlace y al pasarlo encima del primer par, debajo del segundo, encima del tercero, debajo del cuarto y así sucesivamente. Los ocho tallos radiales cruzados originan ocho pares a dos centímetros del punto central. Después de los enlaces producidos con una vuelta completa del tallo espiraloide, las cesteras separan los talles radiales de modo que cada uno constituya un rayo en adelante. Los aíslan uno en pos de otro al dar una vuelta con el tallo dispuesto en espiral. El número de rayos alcanza entonces a diez y seis, al terminar la vuelta con el tallo de enlace.

Sin embargo, se dan cuenta las entendidas que con los rayos en número par el tallo en espiral pasaría a cada vuelta sobre los mismos y debajo de los contiguos o más claramente, sobre los de orden par y debajo de los de orden impar o viceversa. Para evitar este grave inconveniente incluyen un rayo suplementario cuya presencia produce automáticamente la alternación en las vueltas sucesivas. Al dar una vuelta el tallo en espiral pasa por encima de los tallos radiales pares y en la siguiente pasa debajo. Esta condición es necesaria para el enlace firme y la solidez del canasto. La adición del rayo suplementario lleva el número total a diez y siete. Las cesteras enlazan rápidamente éstos sin preocuparse por la correcta alternación. Con las vueltas del tallo en espiral, el fondo circular del quelco se dilata, los espacios interradales se alargan y el enlace se vuelve flojo. Las cesteras intercalan el tallo radial entre cada par consecutivo de los primitivos y el total asciende a treinta y tres. Prosiguen el enlace en espiral. Los tallos divergen como los rayos de una rueda incluidos en el tejido.

Cuando el fondo alcanza el ancho proyectado, encorvan la sección saliente de los rayos hacia arriba, aumentan la tensión del tallo de enlace y poco a poco se esboza la pared cilíndrica del quelco. La elevan a una altura aproximadamente igual al diámetro, dilatando o reduciendo la sección según la tracción operada con el tallo de enlace. Para terminar, llegadas a la altura requerida, cortan los tallos radiales a unos cinco centímetros arriba del borde superior del tejido y los hacen penetrar en él después de abrazar exteriormente dos espacios interradales, introduciendo su extremidad debajo del tercer rayo situado del lado escogido para doblarlo. El refuerzo producido por las inclusiones radiales en el borde superior se manifiesta por una doble trenza de gran resistencia.

Si al empezar el quelco se cruzan dos grupos de seis tallos radiales, resultan luego doce pares de rayos que, al separarse, forman veinte y cuatro solitarios y uno más con el impar. Los veinte y cuatro suplementarios llevan el total a cuarenta y nueve. En ciertos quelcos los tallos radiales van siempre de a dos. Esta disposición duplica la firmeza de la armazón.

El quelco es un cesto de gran utilidad para las araucanas. Con él se dirigen a la ciudad y a los trabajos del campo. Le amarran a modo de asa una larga trenza de lana, en dos puntos opuestos del borde superior, se la aplican en la frente o en el pecho y llevan el quelco en las espaldas. Con él traen las provisiones del pueblo, las papas y las arvejas de la huerta, las frutas silvestres de las selvas y montañas, los mariscos de los ríos y playas. Por grupos más o menos numerosos se van en fila por los caminos y calles inclinadas con el peso de su carga.

A pesar de estos múltiples destinos, el quelco parece tener otro más exclusivo, y es el lavado del mote. Los araucanos aprecian el mote y lo comen con frecuencia, especialmente cuando tienen invitados o fiestas. Las mujeres van a buscar cenizas al pueblo vecino en casas de los amigos y conocidos. No utilizan las de su hogar porque no son limpias.

Los perros, los gatos, los pollos tienen libre acceso al kutral, se acuestan muy cerca del fuego y ensucian las cenizas. Los conocidos no rehúsan nunca este servicio, pudiéndolo prestar. Con un cedazo harnean las

cenizas sobre un cuero de oveja y las recogen sin carbones ni materias extrañas. Ponen la challa al fuego, hacen una lejía con las cenizas, agregan la cantidad de trigo necesaria y llevan la mezcla a ebullición durante cerca de media hora. Entonces vierten el contenido de la challa en el quelco. La lejía se escurre y el trigo henchido y salpicado de ceniza queda retenido. Las mapuches lo cargan luego en hombros, se dirigen al río o al estero vecino, avanzan en el agua de la corriente hasta media pierna, sumergen el cesto hasta el borde y descalzas como de costumbre suben en él para pisar el mote. Marcan el paso lentamente mientras la corriente atraviesa las paredes del quelco y la masa revuelta del trigo. Los granos se pelan por el frotamiento y las livianas membranas corticales llegan a flote. Las pisadoras salen del quelco, revuelven el trigo con las manos, inclinan el canasto y la corriente se lleva las cáscaras flotantes. Revuelven más y suben a flote nuevas películas que son arrastradas de la misma manera.

Las mapuches siguen pisando una y otra vez y periódicamente expulsan las cáscaras hasta que la masa esté perfectamente pelada. Al fin se lava el mote en agua limpia y se lo cuece.

A falta de corriente se lava cerca de una fuente trayendo baldes de agua al quelco, se pisa alternativamente. El agua se filtra lentamente por las paredes del quelco algo calafateadas por masas de almidón.

El chaihue es una variedad de quelco. El chihue es un cesto plano, ligeramente cóncavo igual al fondo de un quelco de grandes dimensiones. Sirve para recolectar frutas, legumbres en pequeña cantidad. No es común en las rucas, salvo en las reducciones del Budi.

El llepu, paño circular de tejido compacto, es un artefacto elegante de gran firmeza. Casi siempre es de irreprochable confección. Se compone de un cilindro arrollado en espiral sobre sí mismo, cuyas espiras sucesivas están mantenidas en contacto por múltiples enlaces de fibras vegetales. El cilindro se compone de una varita flexible de colihue forrada de tallos menudos de una gramínea resistente. El material de enlace se extrae de las hojas de ñocha (*Bromelia spachelata*), planta común en toda la Araucanía. Tanto el material de relleno como el enlace necesita cierta preparación.

La varilla central de colihue, nervio resistente del cilindro ha de ser seca, extraída de la región cortical del tallo. Basta partir longitudinalmente un tallo seco en cuatro, remojar las varillas, raspar la médula y dejar la capa cortical con un espesor de algunos milímetros. Un manojo de coirón seco la rodea. Se cortan las hojas de ñocha, se las deja secar, se las deja secar, se las sumerge en agua un día o dos antes de usarlas.

Con un cuchillo se desprende en tiras la región cortical inferior de las hojas. Se las obtiene de un metro de largo más o menos y de un centímetro de ancho. Estas tiras fibrosas son muy flexibles y resistentes. Con materiales verdes se puede también confeccionar llepu de menor resistencia. Se los reconoce por los enlaces flojos de las tiras de ñocha que resultan grandes después de la desecación de los tallos de relleno. Las tiras corticales de ñocha son quebradizas cuando verdes, de ahí la necesidad de rasparlas cuidadosamente para utilizar sólo la capa

fibrosa. Las fabricantes trabajan sentadas, rodeadas de los materiales necesarios. Toman una varilla flexible de colihue, la rodean con coirón, enrollan en espiral la tira de ñocha para formar un corto cilindro grueso como el ledo meñique. Arquean este cilindro hasta cerrarlo en diminuto anillo, punto de partida de la espiral continua. Las espiras se mantienen contiguas estrechamente unidas envolviendo el cilindro de relleno en formación con la tira de ñocha y haciendo penetrar ésta en la espira anterior entre los enlaces sucesivos. Se practica la abertura con ayuda de un punzón. introduce por ella la tira de ñocha, se ejerce una fuerte tracción y el cilindro se encorva uniformemente en espiral. El llepu terminado se compone de unas cuarenta espiras perfectamente amoldadas unas contra otras con una leve curvatura ascendente hacia la periferia. La fabricación del llepu es una obra de paciencia tanto como de arte. No se necesitan menos de dos semanas de trabajo para hacer uno. Es uno de los artículos más de las rucas. Los mapuches los venden en veinticinco pesos.

Los llepu sirven para limpiar el trigo, el maíz, la cebada y las arvejas y las semillas en general. Cargado de semillas, los mapuches lo toman con ambas manos por los bordes opuestos y lanzan aquellas

hacia arriba en una corriente de aire. El viento se lleva el polvo, las pajas livianas, mientras el grano y las piedras recaen en el aparato. Retiran estas últimas una por una al esparcir los granos en capas delgadas por la superficie del llepu. Si el viento hace falta, el operario lo fabrica y sopla con fuerza al levantar las semillas para despedir las livianas impurezas.

Los paqueil son hermosos canastitos en forma de cono circular truncado, trenzados como llepu y cerrados con una tapa circular de borde envolvente. Se les llama también loñho en varias reducciones. Sirven para guardar los huevos de gallina, los adornos de plata de las mujeres, M cintas y los objetos menudos. No son comunes en las rucas. Las araucanas, los aprecian mucho y los ceden solamente cuando se les ofrece más de lo que valen. Su valor habitual es de quince a veinte pesos.

Los pilua, hermosas y finas redes hemisféricas de mallas romboidales, se hallan localizadas en las reducciones de la costa donde casi todas las mujeres las saben fabricar. Los tejen con tiras trenzadas de ñocha. Las hojas secas de esta planta, tratadas con el agua, se dividen en tiras más largas que para la fabricación de los llepu. Las indígenas toman unas pocas, las anudan en torno del dedo pulgar del pie, las dividen en dos porciones iguales y tuercen cada una al frotarlas sobre la rodilla con la palma de la mano. La mano derecha sobre la rodilla del mismo lado yendo hacia afuera, mientras la izquierda ejecuta un movimiento simétrico. Los manojos de fibras se tuercen ligero y basta aproximarlos para que se trencen automáticamente.

Se empieza el pilua por el fondo, trenzando un anillo. A punto de cerrar éste, se lleva la trenza en derivación y se hace una malla lateral en forma de arco, cuyo pie se fortifica trenzándola sobre sí misma para producir un segundo arco y después un tercero hasta rodear el anillo central de mallas arqueadas. El último arco termina contiguo al primero y ambos tienen un pie común. La tejedora inicia otra serie circular de mallas arqueadas enlazadas con las anteriores. Del vértice del último arco radial, la trenza describe otro arco menor que se anuda en el vértice del siguiente. El enlace doble y corredizo se estrecha más y más con la carga del pilua. Los arcos y los enlaces se hacen sucesivamente en los vértices de los arcos de la serie anterior ampliándolos lo conveniente para dilatar la red y darle la forma esferoidal. Las series de arcos concéntricos varían de veinte a treinta en pilua ordinarios. Los arcos de la serie superior son más prolongados.

La cestería los incluye en un borde trenzado de tres hebras torciéndolas en forma de 8. La trenza prolongada fuera del tejido y anudada en el borde opuesto, hace oficio de asa. El tejido de algunos piluas presenta variante de poca importancia. Las dimensiones de estas redes son en extremo variables. Los hay que sólo tienen cabida para una naranja mientras otras pueden contener un centenar. Los bañistas y veraneantes de Quidico y Tirúa suelen comprarlos como curiosidades y usarlos para llevar los trajes de baño y los juguetes de los niños. En cuanto a los mapuches, los usan para llevar objetos livianos, guardar frutas y accidentalmente para colar papas. El pilua de mediana capacidad se vende en tres pesos.

Los petrihue y colahue son redes simétricas alargadas, fusiformes y de un aspecto general que recuerda una hamaca. En cada extremidad tienen un anillo trenzado del cual parten arcos radiales alargados y dirigidos con una divergencia hacia la expansión central del aparato. Salvo la forma general, la estructura y la técnica de las mallas de los petrihue y colahue son idénticas a las de los pilua. Son artefactos locales como éstos. Se los emplea para colar las papas, filtrar algunos alimentos y estrujar determinados productos. No son tan comunes como la pilua.

El huilall es un bozal para terneros, de forma cilindro cónica, adecuada para amoldarse sobre el hocico de los terneros. Se lo ponen mientras ordeñan las vacas. Las mallas y los nudos del huilall son idénticos a los del pilua, pero las trenzas son mucho más gruesas. Una vez adaptado al hocico del ternero, se lo amarran encima de la cabeza con una soga especial.

El chíhue es una red circular y ovalada suspendida del techo de la ruca en posición horizontal. Se compone de un arco de madera y de un tejido flojo de soga de junco o de cáñamo. Este aparato sirve para guardar objetos livianos y en ciertos casos para soportar las gallinas de noche.

El chalma es una estera de forma rectangular usada en Lanalhue para sentarse y confeccionada de totora. El tejido apretado e ingeniosamente entrelazado denota una técnica algo complicada.

Los llapín o tripín son esteras de paja tendidas en las camas como colchón. Se las fabrica después de la cosecha con tallos escogidos de trigo. Se los dispone paralelos en capas de a diez a quince centímetros de espesor, mitad con la región basal de un lado y la otra mitad del otro para que tenga igual espesor. Se amarran con sogas de junco paralelamente a las dos extremidades. Un par de sogas amarran manojos gruesos como el brazo; se cruzan alternativamente debajo y encima de ellos y se obtiene una estera de unos dos metros de largo, fácil de arrollar y extender, de bastante firmeza para durar un año en servicio diario. Los bordes están cortados con tijera.

El metrel de paja consiste en una porción de llapín arrollada en cilindro y amarrada en esta posición. Sirve como almohada en la mayoría de las rucas en lugar de los antiguos troncos.

Los renas, peines de los araucanos, son escobillas cilíndricas, alargadas y rígidas, ordinariamente provistas de un anillo de suspensión. Los mapuches los fabrican con las inflorescencias de curagüilla (*Holcus halapensis*), utilizadas también en la confección de escobas.

Las traen de Argentina y las amarran en la forma indicada, con hilos de lana a distinta altura y envuelven completamente el anillo. La extremidad tiesa empleada para peinar se va gastando poco a poco. Se sacan entonces una después de otra las amarras del cilindro y el peine aparece como nuevo. Con este sistema de desgaste lento el peine resulta duradero. un artefacto común en las rucas pero difícil de conseguir. Las dueñas no lo venden por el temor de entregar al mismo tiempo algunos de sus cabellos enredados en las ramitas. El comprador podría hacer mal uso de estas escobillas y provocar a distancia intensos dolores de cabeza a las vendedoras.

Si alguna vez se deciden a cederlos por un buen precio, sacan con cuidado todos los cabellos visibles. El rena es un artículo escaso en las colecciones etnológicas y de un valor subido. Entre los mapuches cuesta de dos a cinco pesos mientras que un anticuario lo vende de ochenta a cien pesos.

El lepüwe es una escoba sencilla compuesta de una rama de colihue central, rodeada con tallos de mostaza o de otras plantas muy ramificadas. Los tallos herbáceos están reunidos en haz, rodeando al colihue más tieso y resistente y las ramificaciones forman la masa terminal flexible para barrer. Con una sogas de junco se amarra el haz a distinta altura y se deja la escoba a punto para barrer.

ARTEFACTOS DE CUERO, CUERNO Y HUESO

Los araucanos aprovechan ingeniosamente la piel de los animales y órganos internos para confeccionar recipientes y sacos de forma parecida a las regiones utilizadas del cuerpo. Fabrican, además, con el cuero, aparatos de forma diversa.

Los ñillawaca son pequeños recipientes fabricados con las ubres de las vacas. Los entendidos desprenden la piel con cuidado, la dejan secar y le conservan la forma de ubre con los cuatro pezones vacíos y tiesos. Arquean en círculo una varilla flexible y la cosen con el borde superior, del recipiente para mantenerlo abierto. Estos saquitos de piel sirven para guardar la sal, el azúcar, el café y ciertos objetos menudos. Las bolsas de piel que conservan la forma de los órganos se denominan en general tron tron, y se las distingue unas de otras con nombres específicos. La piel de la cabeza de los caballos, de los bueyes, de los terneros sirve para formar los loncokawelo y loncowaca.

Dejan las orejas como adornos y unen los bordes de las aberturas bucales nasales y visuales. Adaptan un arco de madera a la abertura del saco como en los ñillawaca.

La piel de los muslos de caballo y de buey sirve para tron tron cónicos de grandes dimensiones. La piel de los testículos de los toros se utiliza en la misma forma para la confección de bolsitas llamadas trawacuañ. El llafan o soron es una piel de oveja degollada, cuyos órganos internos se han extraído del cuerpo con cuidado por la abertura del cuello. Extraen todos los huesos, incluso los de las extremidades, conservando

al cuero la forma del animal vivo. Dejan secar la piel, le adaptan y amarran tarugos a las pequeñas aberturas de las patas y de la cola y se sirven del pellejo como de un saco para guardar harina, semillas y diversos objetos.

El llapac es una bolsa parecida a la anterior, pero más grande y con el pelo raspado.

El tracal es la piel de un buey, adaptada a cuatro palos gruesos cruzados en posición cuadrangular. El centro cae formando una amplia bolsa aprovechada para la fermentación del muday y conservación del trigo. Algunos ejemplares de tracal son fabricados con dos pieles unidas por una costura apretada. El tracal tiene que apoyarse en cuatro postes plantados en el suelo.

El tralque es la piel extendida y seca de un animal dispuesta para recortar lazos y ojotas. Se llama también tralque a los pellejos que sirven de esteras, de asientos.

El refün es un saco de forma ordinaria fabricado con el cuero de un animal y destinado a guardar semillas. Entre los órganos internos del animal se aprovecha el estómago de los rumiantes, especialmente la panza y la transforman en un saco de la misma forma, usado para conservar el merquen, mezcla de grasa, sal y ají.

El pafetcoi es una vejiga de caballo o de buey a la que se adapta un cuello de botella firmemente amarrado y que tapan con corcho o un tubo de cuerno que puede obturarse fácilmente. Los pafetcoi tienen una capacidad de cuatro a cinco litros. Se utilizan para llevar la chicha y el muday, en lugar de damajuanas. Las entrañas del caballo son muy apreciadas para forrar la caña de la trutruca. En ciertas reducciones amasan la leche y fabrican mantequilla sacudiendo un odre de cuero llamado wenka.

La tcheda llamada también chinu y chinidwe y teza es un cedazo circular con bordes de madera y fondo de cuero acribillado de aberturitas. Los curiosos preparan con hacha una tablita delgada de un metro de largo por diez a quince centímetros de ancho, la sumergen en agua durante algunos días, para hacerla más flexible y le imprimen una forma más o menos circular. Sobreponen las dos extremidades y las perforan con lezna y por las aberturas las unen sólidamente con una costura. Perforan también la periferia y la aplican bien tendida para obturar el fondo. La cosen en la pared circular con un hilo resistente. Perforan la piel con agujas de plata, con punzones de metal o con pequeñas leznas y algunas veces con espinas de cactus. La tcheda sirve para harnear la harina.

El donoll y trecum son simples pellejos destinados a recibir la harina debajo de la piedra de moler.

El chifle o epuhuaco, es un aparato formado por dos cuernos de vacunos vaciados y unidos por la base, cuyas cavidades están separadas por un tabique. Los cazadores emplean una de ellas para guardar la pólvora y la otra para las municiones.

Los araucanos han adoptado este dispositivo con los más hermosos cuernos de los bueyes. Los vacían con cuidado, les truncan la punta y los hacen rematar en pequeñas borlas redondeadas que perforan en seguida con una abertura cilíndrica. Una tapa de cuero perfectamente ajustada la cierra.

La base de los cuernos se enfrenta sobre un disco de madera que sirve de tabique, división y apoyo para clavarlos. Una lámina de metal encorvada en forma de anillo los comprime exteriormente. Un par de cachos así unidos toma la forma de un arco elegante de un metro de largo cuyos extremos terminan en las borlas. La circunferencia máxima llega en los grandes ejemplares a ochenta centímetros y la capacidad es de dos litros en los mismos. Se lo cuelgan del hombro con un cordón de cuero atado debajo de las borlas. Es un aparato liviano y cómodo para guardar refrescos en verano.

El cuilcull es un cacho de buey cortado de bisel en la punta y utilizado por los araucanos como cuerno de alarma.

El mismo nombre dan al cuerno truncado y transformado en vaso adaptándole un fondo circular del mismo material o de madera.

Los huesos no tienen actualmente muchas aplicaciones para la fabricación de artefactos araucanos.

Los tranayene o mandíbulas de ballena son aprovechados para fabricar ñerehue, aparato largo, plano y fusiforme con que las tejedoras aprietan el tejido. Los huesos metacarpianos del caballo sirven a los plateros de la costa como molde para la confección de cúpulas de plata. Los huesos largos de los caballos y bueyes

se usan también accidentalmente como mangos de rebenques y como estribos. Se los perfora en una extremidad para introducir el látigo o el dedo grueso de los pies.

Las crines son de mayor utilidad. Se las emplea para la confección de los huesque, lazos muy apreciados por los indígenas. Las crines se tuercen con la taravilla, aparato giratorio de madera y que parece haber sido introducido por los españoles.

La taravilla de los araucanos se compone de una masa triangular de madera perforada excéntricamente y que puede girar alrededor de un eje, imprimiéndole al mango movimiento de oscilación circular. La masa remata en una punta ganchuda donde se amarra la crin y tiene por el lado opuesto el bloque principal de madera con el centro de gravedad. A consecuencia de la inercia y del movimiento de rotación, las tiras de crin son arrastradas y torcidas rápidamente. La torsión exige el concurso de dos personas: una que dé vuelta paralelamente a la taravilla y la otra que ordene la crin y la sujete para que la operación resulte continua y el hilo de igual grueso.

Los araucanos de Purén fabrican con la crin los trarikug, hermosos brazales decorados, los ihuelkug, anillos para los dedos y vistosas cadenas multicolores usadas como collares.

Vicente Leviqueu, indígena muy inteligente ya fallecido, pasa por haber fabricado el primero de los artefactos de crin entre los araucanos. Lorenza Leviqueu, su hija, de unos cincuenta años de edad, radicada cerca de Purén, tiene gran habilidad para confeccionarlos. Al verla trabajar he podido estudiar la técnica de estos adornos.

Los trarikug se componen de un gran anillo de madera revestido con la combinación de crines. La mapuche prepara previamente la armazón interna, busca tallos secos de colihue, los pone a remojar en agua durante algunos días y les saca delgadas tiras verticales de 50 a 60 centímetros de largo por un centímetro de ancho. Las raspa interiormente hasta reducir las al espesor de una hoja de papel, las arrolla en anillo de sección conveniente para introducir la mano. Algunas porciones de crines blancas son sometidas también a una preparación previa. La mapuche los tiñe de diferentes colores con plantas tintóreas o con anilina.

Para la confección de los trarikug emplea generalmente crines negras y blancas: las primeras para forrar y las segundas para dibujar. Cuenta el número de crines blancas necesarias para formar las figuras geométricas que se propone realizar, las anuda en una extremidad y las aplica longitudinalmente sobre el anillo de madera, contiguas y paralelas unas para con otras. Por otra parte, toma tres o cuatro crines negras y las arrolla transversalmente, contiguas y paralelas en torno, cubriendo una porción de la pared del anillo y comprimiendo encima las crines blancas. Después de dar dos o tres vueltas equivalentes al ancho de doce crines contiguas, la fabricante separa las crines blancas en tres grupos: uno central y dos laterales. Levanta las centrales, deja aplicadas las laterales y sigue arrollando las negras que ocultan a las laterales. Reune éstas con las centrales y mediante una vuelta de las negras las encubre todas. Levanta entonces los dos grupos laterales y deja el central en contacto con el anillo, las tapa con las envolventes mientras las otras permanecen flotantes. Nuevamente aplica todas las blancas contra el anillo y las oculta con una vuelta de las negras. De este modo oculta a voluntad parte de las crines blancas y les hace dibujar cuadrados, rectángulos, cruces, escaleras simétricas y otras combinaciones que se destacan perfectamente sobre el fondo negro. Emplea con frecuencia las crines teñidas de rosado, amarillo, verde y violado y obtiene con ellas notables efectos artísticos.

Para seleccionar las crines dibujantes y sujetarlas en su respectivo puesto, Lorenza se vale de las dos manos, y de la boca. Con esta recibe las crines envolventes a cada vuelta, mientras con aquéllas prepara la combinación.

La confección de un trarikug dura cerca de una hora. Turistas norteamericanos de paso por Purén llevaron toda la producción de brazaletes, anillos y cadenas hace algunos años, lo que hizo subir los precios a tres pesos, sesenta centavos y siete respectivamente. Actualmente un trarikug se vende en un peso, un anillo en veinte centavos, y una cadena o collar en dos o tres pesos.

La técnica de los ihuelkug es parecida a la de los trarikug. Tienen mismos dibujos y los mismos colores,

así que sólo difieren por el tamaño. El interior contiene también un pequeño aro de madera como armazón.

Una variedad de ihuelkuq y las mallas de las cadenas tienen técnica propia. La araucana toma una varilla cilíndrica de madera gruesa como el dedo, la acanala longitudinalmente en la superficie y arrolla encima en forma de anillo dos o tres crines negras hasta obtener el grueso de doce a veinte reunidas. Por otra parte, enhebra una aguja o con tres o cuatro crines blancas. Ambas clases se entrelazan en los costados por dos anillos formando nudos y crestas. Las blancas producen sinuosidad en la región superior, mientras las negras las producen en la inferior. Los dibujos son iguales por ambos lados. El enlace algo complicado está representado en el dibujo anexo.

La confección de un anillo puede hacerse en diez minutos estando los materiales preparados. En la confección de cadenas alternan con frecuencia anillos enteramente blancos con otros negros, o de diversos colores. Los fabricantes de artefactos de crines que se entregan a su labor durante largos períodos padecen luego de los ojos, de la cintura y de los pulmones. Además se cortan fácilmente la yema de los dedos y la lengua con las crines.

A los artefactos mencionados se debiera agregar los de plata y los tejidos que forman en las rucas las prendas más variadas y valiosas, pero en publicaciones anteriores, «La platería araucana» y «Los tejidos araucanos», di a conocer la técnica de estas artes y las principales producciones.

Fig. 8. Lepüwe y rena.